

Rodrigo Campuzano Cuartas

Daniel Acevedo Arango

La vida de Uribe Ángel transcurrió en una sucesión de tiempos en los cuales la política y la guerra civil, muy activas, ocasionaron que la suya como la de la población en general, fuera una existencia sometida a un vaivén de frecuentes incertidumbres. Sin ser un personaje activo en política partidaria, era un hombre de pensamiento y presencia pública relevante, condiciones que le exigieron estar atento a ese transcurrir inestable. Una controversia entre los partidos, una determinación estatal polémica, un alzamiento militar en alguna parte, el transcurso de una guerra civil, una discutible interpretación en un artículo de un periódico sobre las circunstancias del devenir, un ataque ideológico a una tendencia política, un acontecimiento internacional conflictivo, etc., eran asuntos que no le fueron ajenos.

Si realmente no fue un actor político reconocido del siglo XIX sino un testigo del acontecer ¿Qué interés puede presentar su pensamiento? En primer lugar, su incidencia como intelectual, pero mirándolo detenidamente podría pensarse que el alcance de la pregunta trasciende a Uribe Ángel y llega a múltiples experiencias de los pensadores que actuaron, percibieron y evaluaron el transcurrir de sus sociedades, queriendo darles luces para la resolución de sus problemas relativos al orden político y a la coexistencia.¹⁵⁴

¹⁵³ Séptima conferencia Convención Nacional Academias Departamentales de Historia presentada en el Hotel Mariscal Robledo (Santa Fe de Antioquia) el 12 de agosto de 2023.

¹⁵⁴ Daniel Pécaut comenzó la introducción de su conocido libro *Orden y violencia: Colombia 1930-1954* con esta afirmación: “La búsqueda de un orden político es, desde

Es decir, si se sigue su parecer, la situación de los dirigentes de los tiempos de Uribe Ángel, frente a su siglo, es parte de la misma incierta estructura de la existencia política de la Colombia de hoy. Es como si padeciéramos una enfermedad crónica social, donde el mismo Estado está conformado con fragilidad y por tanto es, como la colectividad, objeto de perfeccionamiento. Las posibles soluciones son propuestas que se discuten, de algún modo se aplican y tienen resultados provisionales que causan nuevas insatisfacciones y nuevas propuestas, en un ciclo perenne. Al Estado se le pide acciones correctivas, cambios y liderazgo, más su comportamiento es insuficiente, también discutible y criticado, y sus resultados son también frágiles. Los siglos XIX, XX y lo que llevamos del XXI serían expresiones específicas de esta forma de ser. La correspondiente al médico tuvo varios momentos, entre los que se intercalaban periodos de discusión política, preguerra, guerra y posguerra, y seguía de nuevo discusión y se repetía el proceso. Si las cosas fueron así, ser un intelectual de la época debió implicar una tensión bastante continua. Había que proponer, intervenir, discutir ideas, estar al día del acontecer político, presuponer que pasaría y tomar posicionamiento. Estaban presionados por los partidos, los gobiernos y la misma sociedad.

El concepto “intelectual” ha sido usado para identificar a los hombres y mujeres que de algún modo con su pensamiento y sus ideas influyeron en sus sociedades. Por ejemplo, Jacques Le Goff, sostuvo que, durante la Baja Edad Media, por primera vez, estas personas emergieron como figuras importantes al interior de las ciudades y propiciaron el nacimiento de universidades. Sus conocimientos eran variados y por ello se les respetaba y adquirían prestigio, atrayendo a la juventud que podía estudiar (Le Goff, 1996). Si esa era la realidad en la Europa medieval haciendo un símil a lo anterior, bien podría considerarse que entre finales del siglo XVIII y principios del XIX aparece un intelectual

la Independencia, una obsesión incesante de las distintas élites latinoamericanas. (...) ese afán deja traslucir siempre una incertidumbre más profunda en torno a la identidad de los pueblos y a la formación de Estado-Nación como si uno y otra quedaran en suspenso (Pécaut, 1987, 7).”

latinoamericano, fluctuante entre la modernidad y la tradición y de ahí en adelante la importancia de su protagonismo.

En nuestro medio y hace algún tiempo María Teresa Uribe de Hincapié y José María Álvarez, apoyados en el concepto de intelectual orgánico de Antonio Gramsci, concibieron que la generación que propició el proceso creativo de la primera república en Antioquia fueron unos intelectuales orgánicos (Uribe Hincapié y Álvarez, 1998). Los exponentes por excelencia fueron José Manuel Restrepo, José Félix de Restrepo y, con menor notoriedad, Juan del Corral.¹⁵⁵ Pero mucho más tarde, ¿qué pensar de Pedro Justo Berrío y el mismo Manuel Uribe Ángel como intelectuales orgánicos? Es complejo afirmarlo tajantemente, fueron figuras distintas. Berrío, respecto a los conservadores, si representó una visión programática que los unificó y guio su actuación durante un proceso relativamente prolongado y estable de su gobierno. Uribe Ángel, por su lado, no tuvo ese alcance en el liberalismo, fue su simpatizante y un eventual participante de su gestión. En síntesis, Berrío se acerca más a la figura de un intelectual orgánico mientras que el médico parece distante de ella. En otros sentidos, los dos, con su desempeño histórico, sirvieron a los intereses unitarios de quienes, al interior de la estructura social, ocuparon su cúspide. Además, se movilizaron entre dos frentes: la influencia marcada de la Iglesia, y la modernidad republicana y científica.

En algo que Berrío y Uribe Ángel coincidieron fue en entender que ante la sociedad tenían el deber moral de contribuir a su bienestar con el servicio que estaban en posibilidad de darle. En particular el último, entregó su capacidad intelectual, su saber médico y con su comportamiento solidario, la referencia de una manera de convivir. Así no fuera abiertamente en público su pensamiento estuvo presente y provisto del énfasis hacia un parecer conciliable ante los demás respecto a las contradicciones políticas.

Este texto en consecuencia va a entrar en la especificidad del doctor Uribe Ángel tanto en su pensamiento como en su actuar, en el campo

¹⁵⁵ Gramsci, por su lado, consideró a esta personalidad como aquella subjetividad política que articulados a una determinada clase conciben su participación en las circunstancias que viven. Su discurso en la sociedad suele apoyar un proyecto hegemónico de un sector social que defiende. (Gramsci, 1967).

restringido de la época política que le tocó vivir. En el trasfondo de ello está la relación con nuestro presente conflictivo, una relación por cierto compleja, dada la diversidad de circunstancias. Aun así, sus conceptos de paz y guerra le fueron vitales y tienen cierta vigencia para la reflexión de nuestra época. No se considera a él solo, también hemos incluido al doctor Cerbeleón Pinzón. El motivo es apreciar sus planteamientos muy cercanos a los del doctor Uribe y de amplia riqueza relativa a los fundamentos del ordenamiento político en que vivieron y a la coexistencia en el marco de la democracia.

La personalidad y la política

A pesar de ser continuamente llamativa la cotidianidad política en que transcurrió la vida del doctor Manuel Uribe Ángel no escribió mucho sobre ella. Se dedicó más bien al ejercicio de su profesión, su familia, sus aficiones literarias y círculos sociales. Bien lo hubiera podido hacer al haber transitado por numerosas fases de ella. Vivió en Bogotá el transcurrir de la Guerra de los Supremos y de la formación de los partidos políticos. En Medellín la descentralización en las reformas de medio siglo y la formación del Estado de Antioquia; allí, la participación de su región en la derrota de la dictadura de José María Melo, el derrocamiento del gobierno de Mariano Ospina Rodríguez por Tomás Cipriano de Mosquera, la batalla del Cascajo cuando muere el gobernador Pascual Bravo y asciende al poder Pedro Justo Berrio; luego la vigencia del gobierno conservador de este líder, un país conducido por el Olimpo Radical, la guerra de 1876-77, el tiempo del liberalismo en el poder del Estado antioqueño, el comienzo y avance de la Regeneración y como si fuese poco la Guerra de los Mil Días y la separación del Panamá. Es decir, mientras permaneció aferrado al ejercicio de su profesión innumerables circunstancias difíciles rodearon su existencia.

Obvio, vivió sí presionado por los hechos, las opiniones circulantes, por la intensidad de las discusiones y por el flujo constante de situaciones en las cuales las determinaciones del Estado y los partidos estaban en juego; también el presente y la perspectiva de futuro inmediato. A veces sus viajes fueron una forma de alejarse de momentos de mayor intensidad en las tensiones presentes, en particular de determinadas fases bélicas. En

otros momentos el refugio fue la tranquilidad de su vida privada y la continuidad de la rutina de su profesión de médico. En esencia, era un hombre reflexivo, educado, buen escritor, ampliamente conocido, visitante de países, estaba al tanto del transcurrir en su terruño, su país y el mundo externo que le fue accesible.

En el marco de la opinión sobre los asuntos del día a día, debió emitir juicios con prudencia y teniendo presente no chocar a profundidad con el parecer de personas amigas. Es probable que no quisiera que se le asumiera definido en determinada interpretación política discutible, por darle más importancia a la sociabilidad y el diálogo. Incluso, se contuvo de intervenir escribiendo en la prensa politizada llevado por su manera reservada de comportarse. Bien comprendió el doctor Uribe que además al escenario público de la política concurrían, odios y ofensas, asuntos trascendentes a la vez que baladíes, oposiciones irreconciliables, señalamientos tendenciosos, amenazas, toda una mezcla de expresiones, desde airadas y aun, razonables.¹⁵⁶ Eran expresiones que quería evitar, más aún, por su prestigio, debió ser abordado por las personas del común, preguntando por su opinión frente a circunstancias difíciles. No debió detenerse en explicaciones y su prudencia estuvo presente a la hora de emitir juicios.¹⁵⁷

No pudo evitar que hubiese frenéticas discusiones y comprendió que la intensidad y continuidad de la política le sería absorbente.

¹⁵⁶ La noción de público debe tomarse históricamente respecto a la delimitación que tenía la sociedad letrada. Ella se reducía en cada población de Antioquia y conjuntamente se articulaba de forma principal, por medio de la prensa y la actividad política partidaria.

¹⁵⁷ El siglo XIX fue bastante inestable. A finales de él, el testimonio de un extranjero, Jorge I. C. Brisson coincide con esta impresión. Estaba en Medellín y comentó el panorama político: “Hay algunos periódicos; el principal es *El Espectador*, que no se ocupa sino de política y de las elecciones presidenciales de diciembre próximo. Este estado de efervescencia y de fiebre política, común a todas las Repúblicas americanas seis meses a lo menos antes de la votación, distrae en este momento a Colombia, paraliza los negocios, y los laboriosos antioqueños están, como en todos los demás, agitados en lucha y expectativa de algo grave, inquietante, desconocido. Quiera Dios que todo pase con calma y que este desgraciado país, que apenas empieza a levantarse de nuevo, (...) de tantas ruinas y de tanta sangre, evite, por esta vez, la calamidad de una nueva guerra (Brisson, 1899, 63).” Esta versión, es claro que riñe con la forma como Uribe Ángel se comportó y apreció la coexistencia humana.

Entonces, ¿en qué escenario manifestó sus opiniones? se valió de la literatura y los relatos de viajes para expresar sus conceptualizaciones ideológicas, en apuntes y reflexiones incrustadas en algunos textos. Como su prioridad era la de distraer, formar y generar el disfrute descriptivo de la expresión literaria el parecer político fue circunstancial y, en algunos casos, contextual. Otro escenario fue el ambiente social, donde debió manifestar sus puntos de vista con el común de los individuos pertenecientes a su status social. En especial, el círculo de sus amigos, debido a que la cercanía entre sí infundía confianza. De política se conversaba simultáneamente sobre la literatura, y se hacían comentarios relativos a aspectos sociales y médicos. De todas maneras, los participantes sabían que sus ideas fluían sin poder impedir que, en algunos casos, salieran públicas por la vía del rumor. Era claramente una expresión abierta diferente a la de prensa y no tenía tanto alcance.

La concepción política del médico, se ha dicho, fue la de un liberal cercano al partido que enarboló esta ideología. No obstante, se requiere precisar que se ignora si siempre lo fue del mismo modo. Por ejemplo, cuando surgieron los partidos y era un joven estudiante, la ideología liberal dividió a sus seguidores en draconianos más moderados y gólgotas más vehementes; se desconoce cuál de estas corrientes pudo atraerlo. El origen de su actitud liberal nunca lo manifestó, pero algo tuvo que ver sus experiencias en Bogotá, cuando admiró las personalidades de la política. En un escrito literario del año 1865 recreó la experiencia juvenil, cuando respetuoso, a distancia observaba en el atrio de la catedral a esta serie de figuras de la escena política capitalina. Recordó al “general Francisco de P. Santander, con su sombrero de paja en la cabeza, abrigado desde el cuello hasta cerca de los talones en un burdo y abrochado levitón de paño color rapé” o a Florentino González rodeado de otros y él hablando con un dominio tal que “Cada frase era una afirmación: cada período un dogma: cada discurso un sermón compuesto de un ramillete de regaños”. También a “muchísimos ciudadanos que fueron o han venido siendo una honra nacional (Uribe Ángel, 2000, 192-195).” Según Roberto Luís Jaramillo y Cesar Lenis Ballesteros en esos años de estudiante tuvo como docentes a: Florentino González, Rojas Garrido y Joaquín Acosta, además de no serle ajeno por curiosidad haber asistido en algunas ocasiones a los debates políticos del Congreso de la República.

Un aspecto adicional en su edad temprana le debió influenciar: Conoció en Francia la época de su Revolución del 48, donde debió apreciar el furor de las ideas reinantes en su diversidad de interpretaciones. Al desatarse ese movimiento ¿cuál pudo ser su parecer? No es posible saberlo, pero era joven y gran parte de la juventud liberal neogranadina simpatizó con esa lucha y se inspiró en sus escritos literarios y políticos. ¿Acaso estuvo en Europa como lo estuvieron José María Samper y Rafael Núñez, dos notables personalidades de su siglo y como ellos experimentaría con los años una transformación en sus pensamientos políticos?

A mediados del siglo XIX no estuvo activo dentro del partido liberal pero el país atravesó por un ciclo de cambios bruscos con efectos sobre Antioquia. Su propia historia regional, en esa década de 1850, contuvo numerosas situaciones políticas comprometedoras y en su final hubo guerras y todo ello debió exigirle al doctor Uribe asumir posiciones que se desconocen. Es suposible, debido a su temperamento, que adoptó un comportamiento amistoso dentro del fluctuante juego de ideas, aun así, cuando las circunstancias en una comunidad se agudizan su posición estuvo más presionada. Su existencia trascurrió en una Medellín donde el conservatismo contó con una mayor capacidad de incidencia política que el partido liberal y en algunos momentos debió defender los intereses de su partido. En la ciudad hubo más agitación que fases de tranquilidad, al tiempo que el contexto nacional no lo era menos y las situaciones internas de los demás estados también fueron inestables. Entre sus numerosas amistades estuvieron reconocidas figuras de tendencia liberal, aunque en ideas tampoco fuera que estuviera muy cerca de ellos, en estas condiciones congenió con Emiro Kastos, Camilo Antonio Echeverri y Fidel Cano. Por otro lado, también tuvo vínculos por el lado conservador con el general Marceliano Vélez y con otros personajes de ese bando unidos por la pasión literaria como Gregorio Gutiérrez González.

La corriente liberal radical estuvo distante de su manera de pensar por manejar una línea de filiación más moderada y conciliadora. En este contexto, es factible que su posición le implicara momentos difíciles y decisiones complejas. El instante más álgido debió ser cuando apoyó al

partido independiente seguidor de Rafael Núñez.¹⁵⁸ A diferencia de su juventud, asumió un perfil ideológico explícito, que duraría hasta sus últimos días. Es decir, hizo política en ambos lados en términos no de enemistad sino de diálogo alterno a los radicalismos y sus situaciones de confrontación ideológica.

Como bien lo han señalado sus biógrafos Uribe Ángel huía de los empleos públicos, cuando desempeñó algunos contadísimos, fue muy rogado por sus amigos, casi siempre sin sueldo, y con el sentido de servir a la comunidad. Sí, no le gustaban los cargos gubernamentales, pero los ocupó en varios niveles importantes; pasó por el Cabildo de la ciudad, pasó por el gobierno del Estado, pasó por la Prefectura del Departamento del Centro y fue Senador de la república y hasta llegó a ser Ministro de Educación. Además, fue un gestor de iniciativas culturales y en el campo de la salud; es sabido su papel en la creación del Hospital Mental, el Museo de Zea, las juntas de sanidad, los eventos conmemorativos, la fundación de nuevas instituciones culturales, la Academia Antioqueña de Historia, entre otros.

Su manera de ser tolerante le ha sido reconocida ampliamente por la historiografía escrita alrededor de su existencia. Alguien que lo conoció muy bien dijo de él: “En las discusiones parlamentarias procedía más como razonador mesurado, que como orador persuasivo. No era amigo de los debates ruidosos, pero cuando otros se lo provocaban y no era decoroso rehuirlos, los aceptaba y sostenía con admirable entereza.” Y de nuevo insistió: “dio lecciones de absoluta honradez, de mucha tolerancia

¹⁵⁸ Por entonces, el año 1881, Núñez, desde su liderazgo del liberalismo independiente, tenía en perspectiva la Regeneración concebida como un nuevo orden unitario de posiciones que habían permanecido antagónicas en el largo caos federal. Coincidió con él, cuando, a mediados del año 1881, este escribió un artículo y en él, utilizó mayúsculas en todas sus letras al incluir la palabra *tolerancia*. La llamó “sacramental” y consideró que estaba presente en la escena política del país en camino a su regeneración, cual si fuese “un soplo vital (Núñez, 1936, 31).” En este mismo año, Núñez como presidente, respondió a la solicitud del doctor Uribe Ángel para tener un privilegio exclusivo que le permitía publicar y vender su *Geografía general y compendio histórico*.

Es un interrogante vislumbrar cual continuaría siendo su posición cuando se agudizó la tendencia conservadora de la Regeneración y se alejó del conservatismo histórico de Marceliano Vélez.

y de suprema elevación de miras”. En esencia un modo de ser propio de alguien admirado. Su cercano amigo Luís Eduardo Villegas fue quien así lo definió, mediante un rasgo que en la escena política de esos tiempos no era común. Más expresivo anotó: “prefería los dictados del buen sentido, a lo que él consideraba sutilezas de las leyes”. Además, pero sin exceso, “no confundía la libertad con el desenfreno, y temía tanto a la anarquía, que es la consecuencia de éste, como odiaba a los déspotas”. (Villegas, 1905, p. 71)

El sentido que Villegas dio a los comportamientos contra los cuales Uribe Ángel se oponía, tenía un marco valorativo portado por quien lo definió: un individuo condicionado por las relaciones de amistad. Villegas percibió en Uribe Ángel una manifestación individualista guiada por la moral cristiana mucho más que propiamente por la ley y el derecho. Ella llevaba a la práctica de la “libertad bien comprendida” y a la disminución de la criminalidad; puesto que según Villegas el médico consideraba que “abrir los portones de las escuelas es como cerrar las entradas de los presidios”. Se perciben además dos características del pensamiento político de Uribe Ángel. La primera, su rechazo a la desviación del orden institucional, fuera del cual consideraba existía el grave peligro de llegarse a presentar visos de anarquía alarmantes. La segunda, su antagonismo al ejercicio del poder político de manera personal impositiva. Ambas prevenciones correspondieron a una manera de concebir la vida social dentro de los marcos preestablecidos por las normas éticas, una actitud muy propia de esa centuria donde coincidió el desorden con el deseo del orden.

Estalla la guerra de las Escuelas

En este apartado el interés está puesto en hacer una micro historia de un tiempo corto dramático en la historia de Antioquia, de los partidos y de su pueblo. Es un período de unos cuantos años que contuvieron diversos elementos: el accionar de los partidos en pugna, un ejército de miles de hombres, su cabeza directiva el general Trujillo, el gobierno de la Unión, el presidente Aquileo Parra, el general Luciano Restrepo, el gobernador Recaredo de Villa, el denominado patriarca antioqueño Pedro Antonio Restrepo Escobar y el doctor Manuel Uribe Ángel como protagonistas

principales. Para el médico hubo varios momentos intensos y uno en especial sobresale, fue cuando tomó la determinación de asumir el gobierno del Estado de Antioquia, en medio de una situación militar y política de intensa tensión puesto que el trasfondo era la guerra de 1876 y los inicios de 1877.

Es posible, a través de las versiones contemporáneas sobre los sucesos presentados, apreciar la sensibilidad y percepción de los acontecimientos de tres personajes importantes: el doctor Manuel Uribe Ángel sobre quien se tiene el mayor interés en esta obra, el general Lucio o Luciano Restrepo Escobar un importante empresario y político liberal que llegó a ser general y gobernador y Pedro Antonio Restrepo Escobar, un abogado líder del partido conservador y fundador de Andes. La información que permite apreciarlos fue la siguiente: la correspondencia del médico con su hijo adoptivo Luis Gregorio Johnson; el libro que escribió el segundo personaje en 1879 titulado *Apreciaciones históricas sobre la última guerra en el Estado de Antioquia* y la tercera referencia es otro libro escrito por Jorge Alberto Restrepo R. titulado *Retrato de un Patriarca Antioqueño. Pedro Antonio Restrepo Escobar 1815-1899*.

La situación inicial a considerar, se refiere al momento en el cual el doctor Uribe Ángel retornó al país procedente de los Estados Unidos. Ha dejado allí a su querido hijo adoptivo y se encontró en la Costa Atlántica con las trifulcas y el furor de una guerra civil regional entre los estados costeños (Bolívar, Magdalena y Panamá).¹⁵⁹ En medio de ese mal momento, desde Barranquilla informó a su sobrino al respecto: “Querido hijo, el día 12 llegué a esta ciudad, estamos en revolución, ha habido combates sangrientos, han muerto ya algunos hombres importantes (...) nada se sabe del interior, nada sé de la familia y no debe extrañar si de hoy en adelante no recibe cartas con frecuencia pues la comunicación está interrumpida” (Uribe Ángel, 2022, p. 48). En efecto, se trataba de un

¹⁵⁹ Una lucha interestatal, precedida por diferencias entre el gobierno central de la Unión y los gobiernos de los estados, confrontaciones políticas electorales e internamente diferencias locales entre poblados principales de las regiones, era el caldo de cultivo de la confrontación.

hombre preocupado por la situación del país y el estado en que se encontraba su familia. Cuanto antes aspiraba llegar a su tierra, pero el viaje implicaba cruzar trayectos riesgosos y desgastantes con diferentes escalas por el río Magdalena, el Cauca y el Nechí.

Su recorrido duro un mes y se encontró que para su fortuna en Antioquia el conflicto no había estallado y todos en su familia estaban bien. El gobernador Recaredo de Villa trataba de mantener la neutralidad frente a las diferencias del Estado del Cauca y el gobierno de la Unión. No había aun guerra, pero las tensiones eran intensas y existían temores sobre un posible alzamiento bélico contra el gobierno central. “Cuando vine había revolución, pero ya está quieto el país, temo mucho que vuelva a revolverse. Si tal cosa sucede, Ud. Comprenderá que estamos perdidos y que esta tierra es invivible ¡Quiera Dios favorecernos en todo!” (2022, p. 57).¹⁶⁰

El momento bélico no tardó en llegar: el 9 de julio de 1876 estalló la llamada Guerra de las Escuelas, a partir de un alzamiento rebelde conservador en el estado caucano.¹⁶¹ El 8 de agosto de 1876, Recaredo de Villa, quien era un conservador moderado, presionado por sus congéneres, tomó la determinación de que Antioquia ingresara a la guerra contra el gobierno de la Unión. El conflicto se expandió desde el Estado del Cauca a otros escenarios a nivel nacional. Al interior de Antioquia implicó pasarse de las polémicas verbales a la organización y apoyo

¹⁶⁰ Las tensiones venían desde mucho más atrás: desde la guerra de 1860-1862 y la interna en 1864 dentro de Antioquia. Luego habían seguido las difíciles relaciones entre los estados y el gobierno de la Unión, las revueltas internas en ellos, los asuntos limítrofes entre éstos, el distanciamiento entre el gobierno central y la Iglesia y un último ingrediente: la reforma educativa liberal de comienzos de los años 70s.

¹⁶¹ El catalizador del conflicto tuvo su origen en las reformas del gobierno del presidente Aquileo Parra, recién electo, quien buscaba establecer un sistema de educación laico despojando a la Iglesia del privilegio de su predominio tradicional en la formación de la juventud. En el Cauca líderes como Sergio Arboleda enarbolaron las armas y en los púlpitos de varias iglesias se predicaba contra las reformas, se llamaba ateo al gobierno y se hacía énfasis sobre el peligro contra la moral y las buenas costumbres. Era una incitación a una suerte de cruzada para defender la religión. El Estado de Antioquia, en manos del partido conservador, estaba muy comprometido en la defensa de la Iglesia y, en principio, tratando de ser neutral, terminó siendo un actor fundamental del conflicto.

prioritario a los asuntos de las armas. Muchos hijos del terruño fueron vinculados a la guerra debiendo salir de él y, al mismo tiempo, dispersar a otras tierras fusiles, pertrechos y demás recursos, debido a que pronto empezó un reclutamiento en todo el territorio para formar un ejército que se dirigiera a apoyar en el exterior del Estado a los ejércitos rebeldes.

“Los pueblos agredidos debían defenderse y se defendieron, pero sucumbieron porque tenían que sucumbir. (...) Nunca desconocí eso, y por lo mismo en ningún caso llegué a desear la guerra como la desearon algunos conservadores en Cundinamarca y en Antioquia. Cuando ella se hizo inevitable, cuando ya las fuerzas que, contra Antioquia y Tolima, enviaba el señor Parra pisaban el territorio del primero de aquellos Estados, como presidente del último puse en armas a Antioquia y acepté la guerra como un hecho cumplido, como una necesidad indeclinable porque la defensa siempre es natural y permitida aún a los débiles.” (Villa, 1880, p. 2)

Lo que siguió fue un número considerable de encuentros, choques y batallas, donde el partido conservador sufrió significativas derrotas. El plan era tomarse Bogotá y extender la revolución por todo el territorio. Pero los combates de Los Chancos y Garrapata, acabaron con aquella ilusión de triunfo. El gobernador Recaredo, percibiendo la difícil situación intentó negociar, pero el ala guerrerista de su partido no percibió aquella decisión de manera positiva y se vio obligado a renunciar. Villa abandonó el cargo y se dirigió a Guatemala, al exilio, donde la familia Ospina Vásquez le ayudó a instalarse. Mientras tanto Silverio Arango, de una posición más radical, asumía el mando. Al acercarse los ejércitos caucanos, comandados por el general Julián Trujillo, a los límites con Antioquia, Arango se dispuso a recibirlos en Manizales, donde pensaba sería difícil el asedio debido a que, por su escarpada geografía, era una fortaleza que les permitiría contratacar. Pero las tropas mejor entrenadas y armadas de Trujillo lograron una victoria importante, y luego de varios días, los conservadores al verse perdidos firmaron la capitulación.¹⁶² El siguiente paso de Trujillo era

¹⁶² Las condiciones de la capitulación fueron, según el historiador Luis Javier Ortiz, fueron en estos términos: entrega de armas y municiones y sometimiento al gobierno de la Unión, los jefes oficiales y la tropa quedó en libertad y pudo regresar a sus lugares de

entrar a Antioquia, someter a los resquicios rebeldes restantes e imponer el orden y la estabilidad.

Uribe Ángel, un gobernador improvisado de Antioquia

Las guerras en la historia de la humanidad están plagadas de momentos dramáticos en los cuales un ejército vencedor de otro, que reina sobre un territorio, entra en este y se toma la ciudad que fue el corazón vital del enemigo. Los acontecimientos posteriores a la capitulación antioqueña del 5 de abril fueron, a su modo, parte de esta repetida historia. Ante la noticia de la catástrofe militar conservadora, en Medellín cundían sentimientos encontrados, predominaban los temores, estaban exacerbadas las pasiones y circulaban rumores alarmantes. Bien se tenían los precedentes de la Guerra de los Supremos, donde Tomás Cipriano de Mosquera fusiló a los comandantes rebeldes antioqueños entre ellos a Salvador Córdoba, el hermano del prócer José María y de la Guerra de las Soberanías donde Mosquera quiso fusilar a Mariano Ospina Rodríguez y algunos líderes conservadores. No sé sabía cómo iba a proceder Trujillo, un mosquerista profeso, al frente de un gran ejército de caucanos agresivos para castigar a toda Antioquia y, en especial, a los principales líderes conservadores como el mencionado Mariano Ospina Rodríguez y sus cercanos Pedro Antonio Restrepo Escobar y Marceliano Vélez.

La percepción conservadora del contexto y de las circunstancias aparece en el *Retrato de un Patriarca Antioqueño*, donde su autor incluyó un registro ilustrativo de las emocionalidades de Pedro Antonio Restrepo Escobar. Uno de ellos fue cuando conoció la pérdida de la causa conservadora, momento en que deja advertir un efecto anímico apreciable:

origen sin salvoconducto. Trujillo solicitó al gobierno de Aquileo Parra una amnistía que se otorgó, hubo un plazo para entregar al ejército vencedor Manizales y Neira, y un compromiso de las tropas caucanas de respetar a los pueblos antioqueños, aspecto que en la práctica se cumplió parcialmente. Los heridos de ambos ejércitos se atendieron en el hospital manizaleño y, por supuesto, se exigió el pago de una deuda exigida al Estado Antioqueño y empréstitos forzosos. También se sancionaron los dos obispos, parte del clero y particulares. (Ortiz Mesa, 2018, pp. 202-203)

Abril 10/1877:... Esperé al obispo para irme con él a Medellín, tranquilamente a nuestros negocios; vino y, cuando íbamos a voltear las bestias para irnos, llegó el padre Naranjo a pie y corriendo y nos dijo que no nos fuéramos... que se había confirmado nuestra derrota y que anoche habían entregado la plaza a los rojos, los cuales estaban muy insolentes... Cuando esto pasaba, vimos que un jovencito, Próspero Merino, que estaba en Medellín, que debía venir donde el obispo a traerle noticias, corría precipitadamente detrás de nosotros... Allí nos dijo que todo había terminado, que la derrota de Manizales, era verdadera y completa; que anoche habían entregado la plaza a los rojos y que estaban entregados a la más frenética alegría. El obispo Montoya, temiendo las injurias, se volvió de allí. Lo seguí y encontré a mis hijas llorando, esa noche habían estado llorando desde que supieron el desastre (...) (Restrepo R., 1992, 312).

Al leerse la cita, se advierte la situación apremiante en que se encontraron los líderes del conservatismo vencido. Ante la derrota y el incierto destino, su emotividad era evidente. Restrepo presintió el peligro cuando el ejército del Estado declinó sus armas, se acrecentó su sensación cuando las tropas vencedoras se dirigieron a Medellín y al producirse su llegada se originó una nueva reacción sensible. Sorpresa, incertidumbre y repentino miedo figuraron presentes en la cita referidos al relator, sus hijas y el obispo. Estaban en riesgo, temían lo imprevisto por llegar y su réplica consistió en tomar medidas preventivas.

Por otro lado, el general y empresario liberal Luciano A. Restrepo, primo de Pedro Antonio, era un personaje que había participado en la guerra de los 60s y para salvar sus intereses debió permanecer fuera de Antioquia por catorce años. El retorno a su tierra fue poco antes del estallido de la guerra, encontrándose con un Estado lleno de tensiones e incertidumbres. Fue testigo presencial del conflicto que se desató a continuación y de los años de posguerra, quiso describirlos para que quedara el registro para la posteridad.¹⁶³

¹⁶³ Resumió la historia de las guerras en los Estados así: "Una serie de guerras locales y generales ha tenido lugar; i aún están humeantes las charcas de sangre de la última contienda. Ningún Gobierno en Colombia ha vuelto a encontrar seguridad sino en los

Sus palabras eran las de un hombre disgustado por su exilio, durante el cual el partido enemigo dominaba en su tierra y para que costara escribió su libro. Al referirse a su gestión anotó: “el partido conservador pudo armarse hasta los dientes y organizar el contubernio que lo ha hecho parecer grande sin serlo en realidad.” En consecuencia, consideró que se había dado una persecución implacable contra los liberales y sus ideas. Una parte de esa agresividad le correspondió ejercerla a la Iglesia; a continuación, la forma como denunció un aspecto de su comportamiento:

“Ai del que sostuviera ante su confesor que era liberali Ai del que permitiera tener sus hijos en un plantel de instrucción liberal. Ai del que se privara de concurrir a la iglesia i procesiones. Señalado por su nombre i apellido en el púlpito, como hereje, a la execración de los creyentes, se hacía el vacío a su alrededor i pronto tenía que elegir entre protestar de sus opiniones políticas o emigrar de su país natal. Los que no pudieron optar entre esos dos términos, viéronse compelidos a arrastrar una existencia miserable, i hasta a ocultar sus ideas políticas (Restrepo, 1879).”¹⁶⁴

elementos de que disponga para sostenerse de los ambiciosos, que cada vez que los creen posible, se lanzan sobre el poder con las armas en la mano. El país ha sido víctima de las más temerarias aventuras; i agotado por las guerras, ha visto fracasar las más notables empresas. La esperanza del orden i la seguridad han desaparecido, i las lecciones de los últimos veinte años han sido inútiles ante las comodidades que brinda el sistema de la no intervención del Gobierno nacional en las luchas internas de los Estados. Preséntase en esta Nación el hecho interno muy singular e increíble de poderse estar combatiendo del Táchira al Carchi, del Atlántico al Amazonas, en todos los ámbitos del territorio, *i el orden público federal no esta turbado*; que puede existir en medio de las guerras más atroces, suprimido todo derecho, sin circulación de correos, expuestos los viajeros, expropiados los valores, asesinados los ciudadano; “Anarquía organizada”. Colombia con semejante institución, es como fue Italia en la Edad media, el campo de Agramante, donde las más ruinas pasiones luchan sin tregua ni descanso por empeorar la suerte de la Patria (Restrepo, 1879).”

¹⁶⁴ Incluso, a los integrantes de la Iglesia un “clero feroz” que actuó a sus anchas. Uno de los cargos contra él fue este: se aprovechó del “débil corazón de las mujeres” para crear sociedades del “sagrado Corazón de Jesús i otras más” empeñadas en “estirpar hasta la última raíz del liberalismo”. Él desde el púlpito y sin existir masonería en Antioquia, todos los días la condenó y atribuyó al liberalismo. En suma, una religión de carácter universal se convirtió en una religión de un partido.

Mucho más tarde, el 5 de abril de 1877 para él, como todos los medellinenses, fue un día dramático: “Al saberse en Medellín i en otros muchos pueblos de Antioquia los hechos de armas i la capitulación (...), tuvo lugar una inmensa explosión de júbilo i entusiasmo entre todos los liberales”. Según él todas las emociones reprimidas por tantos años afloraron: “Todo contribuía en Antioquia para estimular los pueblos a acoger con entusiasmo lo que puede llamarse la ERA NUEVA. Veintitrés años, con el corto interregno de la Administración Bravo, había durado la presión exclusiva de un solo partido; todos los ciudadanos que disientían en las ideas dominantes, se consideraban oprimidos”.

La guerra había tenido consecuencias desastrosas: “había centenares de familias que lloraban a sus deudos perdidos en aquella lucha, tan contraria a los instintos, hábitos e intereses del pueblo antioqueño. Doce mil familias esperaban además el regreso de sus hijos, que un bárbaro reclutamiento había arrancado violentamente de su seno”. En efecto, los largos meses que duró la guerra, en Medellín y en general en el Estado sus habitantes soportaron un cúmulo de secuelas emocionales causadas por el vaivén de las noticias y las determinaciones del gobierno antioqueño. Con ambigüedad y, quizás, con sobrevaloración: “Veinte o treinta mil ciudadanos fueron arrastrados de su hogar i llevados a los cuarteles donde se les sometió a ruda disciplina.” Luego continuo: “El palo de los cabos recibió el encargo de convertir en soldados a aquellos rudos montañeses, que lo que deseaban era trabajar en paz para alimentar a sus numerosas familias (...)” Y Concluyó: “Tronó la cátedra sagrada escitando al odio y la matanza (...) una terrible cacería humana tuvo lugar (...) (Restrepo, 1879).”

Queda claro, Lucio Restrepo estuvo en desacuerdo total con el reclutamiento. También hubo un rechazo social a la participación forzada y a la forma como se formó al recluta. Que la Iglesia justificara desde la religión la participación en el conflicto para motivar la feligresía, le pareció a Restrepo un abuso fragante de su poder y su capacidad de influencia. Su libro fue en consecuencia una constancia de los excesos

políticos y el fanatismo religioso, afirmando que su palabra estaba rodeada de veracidad a pesar de su afiliación liberal.¹⁶⁵

Continua Restrepo, volviendo a la capitulación de Manizales y su reacción en la capital antioqueña: “El furor era pues grande por ambas partes. El pueblo se lanzó sobre las prisiones a libertar a sus amigos, que purgaban en ellas el delito de OPINAR; i sobre los cuerpos armados, a obligarlos a desarmarse en cumplimiento de la capitulación del 5 de abril. La jendarmería no quiso dejar su presa sin nuevas manchas de sangre; y algunos ciudadanos pagaron con su vida aquellos ímpetus de libertad”. (Restrepo, 1879). Según el cronista los gobernantes aterrorizados optaron por huir: “Al fin, i por el temor a la entrada violenta del Ejército del Sur, los antiguos amos soltaron su presa. En todas partes se instalaron autoridades provisorias”. El momento entonces era de un gran nerviosismo y los conservadores esperaban los peores castigos, era posible que, en medio de la incertidumbre, el caos y los conflictos se apoderaran de la ciudad.

Ante situaciones de este orden, no siempre en la vida la voluntad de una persona determina los compromisos que adquiere y en el caso del doctor Uribe así sucedió cuando se vio forzado a asumir el gobierno momentáneo del Estado antioqueño. No pudo negarse debido a circunstancias extremas para él y para Antioquia, a una presión simultánea ejercida por algunos vecinos importantes simultáneamente de tendencias, que ahora no eran opuestas, liberal y conservadora y que buscaban un moderado. Todo aquello, sin duda, incidió su manera de pensar y su espíritu pacifista. El partido con que simpatizaba fue el triunfador y necesitaba sus servicios. Se concibió a sí mismo como un intermediario contra la acción de tres posibles violencias por llegar: el castigo a los líderes conservadores vencidos y dos agresiones de carácter casi incontrolables, la de la masa residente en Medellín y la de los

¹⁶⁵ Lo dijo de esta forma: (...) impuesto, como todo hombre, a sentir la pasión del momento me esforzaré en este escrito por darle el timbre de la más estricta verdad (...).”

soldados caucanos que llegarían y que se pensaba saquearían las propiedades de los enemigos.¹⁶⁶

Su discurso y proclama del 10 de abril deja muy claro su proceder pacifista: “La más urgente de mis recomendaciones, la más ardiente de mis súplicas a todos los ciudadanos de Antioquia, consiste en aconsejar en estos instantes la más esmerada prudencia y la más firme resolución para conservar el orden público (...) Unámonos todos para comenzar a poner un poco de bálsamo sobre las profundas heridas del país.” (Uribe Ángel, citado por Restrepo, 1879). Varios contenidos de esta corta parte de un mensaje público más extenso, no conocido en su integridad desafortunadamente según su importancia, son dignos de destacarse. El momento histórico demandaba “prudencia” en los comportamientos para evitar provocar a una acción militar sobre la sociedad civil. Además, quien más prudente que él en la ciudadanía de Medellín, quien más valoraba esta cualidad como importante dentro de las relaciones sociales y que ahora era más que pertinente su mención. En especial temía el desbordamiento pasional del pueblo, el sector más propenso al desenfreno de sus sentimientos. Adicional a ella pidió que se iniciara un proceso reconciliador que sanara o al menos atenuara los antagonismos que la guerra había llevado a su máxima expresión. Otro símil empleó el médico gobernante provisional para identificar el comportamiento solicitado. La palabra “bálsamo” fue la elegida al ser un acertadamente atenuante del dolor humano y factible de transferirse para aliviar las profundas heridas del país. El bálsamo era un paliativo inicial para un tratamiento más a fondo, en una sociedad herida. Era la primera de las acciones que debían llevarse a cabo, de una sucesión, para poder llegar a la paz y la estabilidad. En otros escritos el médico considero la educación y el progreso como estrategias fundamentales para la consolidación.

Por último, la palabra “suplica” contuvo el sentido de una solicitud con carácter de ruego. Quien estaba para mandar desde la cúspide del poder

¹⁶⁶ Al respecto escribió el biógrafo Villegas: “desempeñó por breves días, en el nuevo orden político, la jefatura civil de Antioquia; destino que aceptó a ruego de sus amigos, y sólo por impedir probables demasías de uno y otro bando” (Villegas, 1904, 70). Es decir, debió poner en práctica momentáneamente, su concepción conciliadora del manejo político de las diferencias entre partes enemigas.

se encontraba en una situación tan precaria para contener los comportamientos sociales que solo atinó a suplicar. Estanislao Gómez Barrientos, citado por Francisco Duque Betancur, complementó algo el discurso de Uribe Ángel: en nombre de “Dios y de la Patria” solicitó prudencia y, en un mensaje posterior, el 13 de abril, pidió al pueblo regresar cuando antes a “las tareas de la vida activa, al trabajo sosegado y perseverante” (Duque Betancur, 1967, p. 831). Era la petición de un anciano que desprecia la guerra y busca que su consejo sea escuchado, que encuentra en el trabajo el valor supremo tanto para el progreso y el crecimiento de la región, como para mantener la paz y el sosiego.

Otra actitud que asumió el médico, la indica el citado Duque Betancur: “se presentó una grave amenaza por parte de las turbas incontroladas. (...) Fue entonces cuando este distinguido profesional (o sea Uribe Ángel) en compañía del Dr. Botero Uribe, recorrió las calles (...) para imponer el orden, como se hizo entre otros lugares frente a la casa de Don Mariano Ospina (Duque Betancur, 1968, 830-831).” ¿Cuáles turbas?, debieron ser sectores populares seguidores del liberalismo radical y el médico, con su discurso, debió llegar a ser un intermediario, un líder que llamaba a la calma.

Marín Tirado (2022) dice que el médico claramente defendió a los conservadores de sus copartidarios caucanos, que por demás tenían una visión más severa de lo que debía hacerse en Antioquia. Este hecho no fue aislado. Pedro Antonio Restrepo, por ejemplo, tenía que agradecerle a Manuel Uribe que sus hijos, que participaron en la guerra, no perdieran su casa: “Manuelito Uribe, siempre leal y consecuente con nosotros, logró, según parece, que no les quitaran la casa a mis hijos”. María Teresa Uribe (2019) analizaba estas relaciones entre miembros de distintos partidos unidos por ciertas circunstancias que los llamaban a apoyarse, en este caso, los conservadores señalados por el gobierno fueron los beneficiados, pues el mutuo apoyo entre miembros de la élite antioqueña: “ponía en movimiento las redes parentales, los intermediarios y sus clientelas para favorecer a los enemigos en desgracia, creando un sistema de favores interpartidista e interregionales que desafiaba la idea de un conflicto radical y al mismo tiempo representaba un obstáculo para las intenciones de represión severa que pudieran tener los vencedores”.

Aunque la gestión del galeno fue más allá de la simple ayuda a los miembros de su parentela o con quienes compartía relaciones de amistad o cercanía. Luciano Restrepo lo percibe de esta manera: “El doctor Manuel Uribe A., asumió el carácter de Jefe civil provisorio, i puso todo el contingente de su buena voluntad conocida para trabajar por el restablecimiento de la concordia i mantener el orden; pero aquella acción era simplemente momentánea; i así lo decía en un notable párrafo de su proclama: “Corto será el tiempo que yo deba permanecer en mi destino; pronto habrá que poner el Estado bajo la dirección del vencedor”. Líderes de ambos partidos coinciden en que la corta gestión del doctor Uribe fue eficiente, moderada y necesaria en un momento que los ánimos estaban caldeados. Logró evitar tragedias y cumplió su papel como dialogante, como negociador. Fue un actor clave en los últimos meses del conflicto y un precursor, en cierto modo, a pequeña escala, de los agentes de la paz que aún hoy, en Colombia, buscan una solución definitiva a la guerra y su devastación.

Para fortuna de todos, el arribo de Trujillo no causó muertes de líderes antioqueños y, en su complicado gobierno, intentó mantener una actitud conciliadora. El general Lucio Restrepo vio de esta forma su responsabilidad:

El Presidente de la República había nombrado Jefe civil i militar de Antioquia al Jeneral Julián Trujillo, Jefe del Ejército del Sur. Este Jefe distinguido tenía que llenar una misión complicada i difícil. En lo político, su influencia debía ejercerse en la reorganización del Gobierno autonómico del Estado con un carácter liberal i local. En lo administrativo, su misión no era menos delicada: cobrar una fuerte contribución de guerra, alimentar un fuerte ejército; capturar i desterrar dos Obispos de entre un pueblo marcadamente fanático, i entre todos los choques, en medio de todas las pasiones, teniendo de un lado el novel liberalismo, i del otro los rencores de los conservadores, las rivalidades de todo orden, eran elementos encontrados para reorganizar todos los ramos

de la administración en un Estado ya arruinado por la lucha que terminaba en aquellos momentos. (Restrepo, 1879)

Una vez establecido Trujillo, el médico pasó de jefe de Estado provisional, por petición del líder caucano, a ocupar cargo de Prefecto Civil y Militar del Departamento del Centro. No sé sabe exactamente cuánto duró en esta responsabilidad, pero en otros sentidos demuestra la confianza que el militar caucano tenía en el doctor Uribe, puesto que el departamento mencionado era la región central del Estado. Los acercaba su concepción de liberalismo, ambos eran moderados en su percepción y concebían la tarea de establecer el nuevo gobierno, el orden y la institucionalidad sin excesos punitivos sobre los vencidos. Aun así, dependían en ello de las directrices centrales del gobierno de la Unión en manos del gobierno radical de Aquileo Parra.

La derrota claudicante del conservatismo, en el Diario de Pedro Antonio, registró sucesivas acciones agresivas contra su bando. Sucedieron, a causa del comportamiento de las tropas vencedoras y de su dirigencia. Las heridas abiertas y los viejos odios incidieron para que se dieran algunos choques y atropellos.¹⁶⁷ La versión de Luciano Restrepo sobre lo acontecido, al contrario que la del patriarca, no registró las expresiones de la agresividad presente hacia el bando derrotado. Estaba comprometidos con el precario régimen establecido. Ciertamente, luego

¹⁶⁷ Hubo golpes y castigos físicos al ocurrir hechos circunstanciales y previstos con determinadas personas. Siguió las medidas gubernamentales contra los exponentes principales del bando vencido entre las que debieron soportar algunos la sanción de ser despojados de sus viviendas con el objeto de dar alojamiento a la tropa; la persecución al obispo de Medellín José Ignacio Montoya por ser el líder de la Iglesia enemiga del vencedor; la trifulca llamada “bochinche de “las cintas azules”, donde llevar este adorno causó atropellos; las amenazas verbales como las que Pedro Antonio Restrepo observó desde su casa cuando un grupo de caucanos arrastró un hombre casi moribundo, la gente corría espantada y al tiempo escuchó la expresión “mueran los godos; degollemos a todos estos godos; saquémosles todo”. He aquí otros dos acontecimientos: Un ataque nocturno de “veinticinco negros del Cauca” a unas casas “de las Playas” para saquearlas. “Rafael Restrepo Uribe escapó milagrosamente (...) un negro del Cauca lo vio pasar frente a la botica del doctor Manuel Uribe, lo persiguió dos cuadras, lo alcanzó y le tiró tres puñaladas (...). La Providencia lo salvó, primero por haber logrado sacar el cuerpo y luego por haber huido (...) (Restrepo E., 1992, 317-118)”.

de la guerra, la tranquila y estable Medellín de la época de Pedro Justo Berrío, había quedado muy atrás, así quedó reflejado y por extensión a los demás poblados principales del Estado. El conflicto bélico produjo una ruptura abrupta en una convivencia relativamente pacífica entre las dirigencias políticas y de ellas respecto al gobierno.¹⁶⁸

De la asamblea legislativa de 1877 a la política a distancia

Con el triunfo del partido liberal en la guerra fue necesario legitimarlo por medio de una nueva constitución. El 10 de julio de 1877, el nuevo gobierno del general Julián Trujillo expidió el decreto para las votaciones de diputados que formarían la *Convención* organizadora del Estado desde el punto de vista de los intereses liberales. Las intimidades del proceso que dio lugar fueron narradas por Luciano Restrepo: “Las elecciones no pasaron sin serios choques i disturbios. La soldadesca (...) tomó a pecho la cuestión eleccionaria: se trataba de imponer al Estado como legisladores unos cuantos Jenerales, Coroneles, Comerciantes etc.” En consecuencia, “Por primera vez presencié entonces la ciudad de Medellín el escándalo de ver las urnas violadas por individuos de la fuerza armada”. Como el propiciador de la interferencia militar acusó Restrepo al general Daniel Aldana: “empezaba ese vulgar ambicioso a preparar los elementos que creía necesarios (...) para dominar a Antioquia.” El resultado electoral arrojó una *Convención* caótica integrada por “militares extraños a Antioquia y hombres civiles antioqueños”. Otro tanto denigró Pedro Antonio Restrepo Escovar de este proceso y lo hizo en un sentido religioso adicionado al político de haberse perdido el poder: “Elecciones. Hoy son las elecciones a la Legislatura Constituyente ¡Los ateos constituyendo un país cristiano. ¡Ellos están en la más completa división y tienen de candidatos a la más vil escoria de la sociedad”. La sede de las deliberaciones también le fue objeto de crítica por ser la

¹⁶⁸ La ruptura de esta atmosfera, que había sido prolongada, puesto que su comienzo databa desde el establecimiento del gobierno conservador de Pedro Justo Berrío, comenzó con la llegada de Recaredo de Villa al poder y su actitud en busca de transar con el de la Unión respecto al grave impase de la reforma educativa laica y su intervención militar en el Cauca, propiciada por una rebelión conservadora. Esta última situación desató la guerra civil nacional.

antigua casa del exgobernador Recaredo de Villa expropiada para este efecto (Citado por Marín Tirado, 2022, 39 y 42)).¹⁶⁹

Pese a lo anterior, conscientes de su precaria situación política, los conservadores buscaron la forma de adaptarse a esta nueva realidad, el mismo Restrepo Escovar agregó que le habían asegurado que un círculo de personas ilustres conformó este cuerpo legislativo, y por estar atento a las divisiones liberales celebró el hecho que hombres como Manuel Uribe Ángel ingresarán a la Constituyente pues gozaban de buena imagen entre los miembros del partido azul. Evidentemente, los conservadores se adaptaron a la nueva situación, negociando al verse en desventaja, pero resistiendo a todas aquellas medidas que buscaron modificar su visión de la sociedad y la política antioqueña.

El 20 de agosto de 1877, comenzó sus labores la Asamblea Constituyente. Su función fue establecer una nueva carta constitucional diferente a la conservadora y legislar acorde al pensamiento liberal radical. Necesitaba reestructurar el Estado e iniciar labores en aras lograr la estabilidad política, económica y social. Más excepto la expedición de la nueva carta lo demás fue sólo un deseo debido a la complejidad tensa del clima político reinante. Fue la *Convención* quien decretó la sanción del pago de los gastos de la guerra a los vencidos causantes de ella, una práctica tradicional, que ahora castigaba al bando conservador en la misma medida que antes éste había sancionado a los liberales en el comienzo de los años 60.¹⁷⁰

¹⁶⁹ En protesta contra la expropiación de la vivienda denunció el atropello al colocar un aviso en una casa cercana, el cual decía: “La casa de Recaredo se la han convertido en un chiquero”. No dejó de ser un escándalo que dos oficiales del ejército fueran absueltos en ella al ser juzgados por “atropellar” unos jurados electorales y romper unas urnas. El tema de mayor presión fue la escogencia del primer y segundo designado que debía remplazar al general Trujillo en la presidencia del Estado, quien dejaba su cargo para ir a ocupar la presidencia del gobierno de la Unión. En este punto, Aldana jugó sus cartas influyentes y logró su propósito, hacerse con el poder regional. La crónica de Luciano Restrepo expone los detalles de sus maniobras.

¹⁷⁰ Contrario al desempeño de esta Asamblea, al concluir sus labores, Luciano Restrepo cuyo diminutivo fue Lucio, hizo este balance: “fue la obra de la Convención de mero aparato; así es que, al disolverse, dejó al Gobierno en medio de las mayores dificultades por el desequilibrio en los Presupuestos, el disgusto de todos los ciudadanos, i la inseguridad propia de la división acentuada en las filas liberales.” Mientras tanto, en la

Para presidirla sus integrantes habían buscado una cabeza coordinadora liberal de prestigio e incluso moderada que pudiera llegar a consensos. El doctor Uribe Ángel fue escogido por sus dotes de diálogo y prestigio. Estar en su nuevo papel luego de su estadía provisional como gobernante, mientras arribaba el general Trujillo de desde Manizales, nada comfortable le fue como sucedió en su anterior cargo. Más su presencia para el campo conservador fue una esperanza de benignidad gubernamental, así fuese débil por estar nadando en un medio radical. Así lo dejó entrever la apreciación de Pedro Antonio Escovar, al conocerlo en su personalidad y tener con él, relaciones amistosas.¹⁷¹

La tarea de la convención era grande: reconstruir la estructura estatal, de manera acorde con los intereses políticos de los liberales, empezando por el nombramiento del presidente del Estado, prever los nuevos funcionarios, organizar las elecciones para la presidencia de la unión y, la no menos importante, elaborar una nueva constitución.

Los ánimos estaban bastante tensos, porque además había que elegir el nuevo presidente del Estado y uno de los nombres que más sonaban era el del general Daniel Aldana, quien era un liberal nuñista que había ingresado con las tropas de Trujillo. El sector de Heraclio Uribe Uribe se opuso a la elección de Aldana y postuló la candidatura alternativa de Tomás Rengifo. “Ante la negativa que suscitó el nombre de Rengifo en comparación con el de Aldana, Heraclio Uribe Uribe pidió que fueran depuestos todos los cargos del Estado, pues argumentaba que los funcionarios eran unos secuaces de Aldana”. La pelea era entre dos sectores del liberalismo, uno afiliado al radicalismo y a la exigencia de reformas más fuertes y un sector más moderado vinculado al nuñismo,

cúpula del gobierno estaba en el poder el General Trujillo y Aldana intrigaba exitoso al construir una red de funcionarios a su favor que le posibilitaran remplazarlo cuando se retirase.

¹⁷¹ “Los liberales como Manuel Uribe Ángel defendían a los conservadores de sus partidarios caucanos, que por demás tenían una visión más severa de lo que debía hacerse en Antioquia (...). Pedro Antonio Restrepo tenía que agradecerle a Manuel Uribe que sus hijos, que participaron en la guerra, no perdieran su casa: “Manuelito siempre leal y consecuente con nosotros, logró, según parece, que no les quitaran su casa a mis hijos”. (citado por Marín Tirado, 2022, 43).

donde ya empezaba a empatizar el médico. Su reacción a las declaraciones de Uribe Uribe llama la atención: “Manuel Uribe Ángel, indignado con esa proposición, abandonó el salón de sesiones diciendo: que no podía pertenecer a una corporación en donde figuraban hombres tan apasionados como el que acababa de hacer tan insólita proposición” (Suarez Quiroz, 2022, p. 182)

La reacción airada del doctor demuestra que el furor del debate político podía desestabilizar al más moderado. Pocas veces se percibió una reacción tan contundente, apasionada y efusiva en el médico, quien intentaba ser prudente en sus intervenciones públicas. La responsabilidad de dirigir la asamblea y las acusaciones de Heraclio debieron incidir fuertemente en su ánimo, tal vez abrumado de tanta polémica interna y tan confusa situación externa. También representa una mirada, una visión, en la que las ideas radicales no tenían cabida. Como ya se ha mencionado, los extremos para Uribe Ángel eran perjudiciales, eran los causantes de guerras y desencuentros. Inevitablemente, en esa vorágine propia de la política, se forjó enemigos en los dos sectores partidarios radicales.

Al terminar el agitado del año 1877, concluían las labores legislativas de la Asamblea y ese final ocasionó un cambio de rumbo en el devenir vital del doctor, quien regreso de la acción política a la vida hogareña y la profesión. El alivio que sintió no fue total porque el entorno siguió convulso y golpeado, sin destino claro. Escribió el 13 de diciembre a su sobrino en Estados Unidos: “Hace ocho días cerró sus cesiones la asamblea legislativa (...) y hace siete que estoy aquí con Magdalena y Pedrito, tratando de reponerme un poco del cansancio y quebrantamiento producido por tanta lidia y por tanta camorra pública como he tenido que soportar en los ocho meses anteriores.” Su terapia fue esta: “Aquí me ocupo como de costumbre, en ejercicios de jardinería y en darme algunos baños fríos que me entonen y robustezcan un poco.” Por último, el momento que ha roto con él y la complacencia: “he vuelto a mis ocupaciones originarias (...) cualquiera que sean mis ocupaciones yo las soporto bien con tal de que no tengan que rozarse con la política”.

No había guerra, pero la inestabilidad era su heredera y la incertidumbre se debía a las contrapuestas intervenciones de las fuerzas políticas, incluyéndose en ellas además de los partidos a la Iglesia. En el año 1877 la Iglesia antioqueña era un conglomerado en su gran mayoría rebelde al sometimiento de las leyes del gobierno y estaba presidida por obispos ocultos y sancionados con dictámenes de ser expulsados del país. En la diócesis de Medellín su jerarca escondido desde su refugio legislaba buscando evitar que los eclesiásticos se sometieran a las leyes que imponen la obligación de admitir la regulación gubernamental de su desempeño. La situación era delicada y al doctor Uribe le preocupó bastante la situación general del país y de Antioquia. Lo refleja la siguiente cita de su correspondencia con su pupilo Luis Gregorio Johnson en que la mejora de las circunstancias, dependen del influjo de la Providencia.

El país sigue así así. El Congreso anterior escribió una ley de inspección en materia de cultos, ley que ha sido tolerada por los dos obispos y el clero de toda la república, menos por los obispos de Pasto Popayán, Medellín y Antioquia y el clero de este estado que han protestado contra ella, quedando en entredicho esta iglesia, cerrados los templos, suspendido el culto, ocultos los sacerdotes y descontentas las poblaciones. No ha habido trastornos notables tal vez porque hay bastante gente armada, pero lo cierto es que hay temores, desasosiego y falta de fe en la paz pública. Dios quiera sacarnos con bien de todos estos embarazos (Uribe Ángel, 2022, 117).

Al margen de tal confusión el doctor Uribe intentaba estar distante y prudente prestaba atención al desenvolvimiento de los sucesos con su maraña de contradicciones. El 4 de febrero de 1878 se manifestó cansado de la ciudad y con ánimos de emprender otros proyectos diferentes a la medicina: “Yo estoy en Medellín hace doce días. Aquí no hay que hacer y no veo cosa que con halagos se pueda emprender. Pasado mañana me voy para Santo Domingo a ver unos terrenos, y resolver si emprendo la siembra y el cultivo del café. La profesión de médico es aquí un hueso inútil.” Su reacción muestra un cansancio múltiple de la vida urbana, tan extensivo que puso en crisis la validez de su desempeño profesional. La situación de la medicina no implicaba una carencia de pacientes o una abundancia de médicos en Medellín, era más bien la expresión de su

decepción sobre las circunstancias en que vivía. La idea de cultivar café a Santo Domingo implicaba un intento de escaparse de ese ambiente.

Le parecía que no había perspectiva de futuro; sin embargo, a mediados de abril, después de los gobiernos de los generales Trujillo y Aldana y al comenzar el de general Rengifo se le despertó de nuevo la esperanza. Comentó: “Parece que quiere entonar el gobierno y sacarnos de este estado de efervescencia en que nos encontramos, ¡Quiera Dios que su plan se lleve a cabo con felicidad!”.

Tenía sus motivos, Rengifo asumió con una posición moderada e inició una negociación entre la Iglesia y el gobierno para zanjar diferencias que detuvieran la mutua agresividad que se mantenía y suscribir un convenio de paz. La proximidad fue difícil, de por medio había una enemistad y la institución eclesiástica solía ser un aliado significativo del bando azul. No hacía mucho el médico no congeniaba con que Rengifo fuese el mandatario, había acontecido esto en el ambiente de la Asamblea, ante la propuesta de Heraclio Uribe Uribe de su elección. Pero la nueva posición moderada y dialogante del presidente militar atrajo el apoyo del médico.

Pronto sus esperanzas se verían truncadas, pues estalló la confrontación militar contra el mandatario, sufriendo las consecuencias los más radicales conservadores entre ellos el patriarca Pedro Antonio Restrepo, y la inestabilidad se volvió a acentuar durante todo el año 1879 y 1880. Un factor de gravedad de esta época tan incierta fue el triunfo de Rafael Núñez como presidente quien inicio el proceso de desmonte del proyecto estatal del liberalismo radical: educación laica, inspección de cultos y orden federal. Mientras tanto en Antioquia, fueron años de gobierno liberal, en los cuales el poder político nunca se consolidó; en cambio, abundaron las amenazas internas y externas (Gaviria Gil, 2000).

Se sabe de la vida política del médico en estos trances difíciles de comienzos del 1880. El biógrafo Jorge Andrés Suarez Quiroz incluye en su texto varias hojas sueltas que se difundieron en Medellín cuando en Antioquia se requería elegir un nuevo presidente del Estado. Había dos candidatos liberales Luciano Restrepo, respaldado por el liberalismo radical y Manuel Uribe Ángel, respaldado por el liberalismo moderado y

el conservatismo. La prensa estaba de por medio y presionaba hacia uno u otro lado. La que apoyaba al médico destacaba estos valores: su patriotismo, su trabajo por la felicidad del Estado, su espíritu altruista y caritativo. Mientras en algunas hojas sueltas, liberales radicales atacaban su figura como candidato de Núñez y el conservatismo y lo acusan de llevar un “silencio criminal” sobre la situación política del Estado. (Suarez Quiroz, 2022, p. 185-186)

Aquellas presiones propias de la contienda política no debieron ser agradables para el médico, quien es probable que aceptara la candidatura por presión de sus amigos. El médico terminó renunciando a esta opción, a pesar del respaldo que tenía, y dejó el camino abierto a su copartidario Luciano Restrepo, a quien se puso a disposición. El liberalismo moderado perdió su candidato y se vio obligado a aceptar a Restrepo como el representante del partido a las elecciones. El general y cronista ganaría y gobernaría por varios años logrando algo de estabilidad institucional, que ni Trujillo, Aldana o Rengifo habían podido consolidar. Uribe Ángel siguió siendo constantemente consultado sobre diferentes asuntos, sobre todo aquellos relacionados con salud pública.

Tal vez creyó el médico que ya su ciclo político se había cerrado, pero fue entonces cuando, en 1881, ante la sorpresa de muchos de sus copartidarios y amigos, admitió, sin saberse por qué motivos, ocupar el cargo de senador de la República. Viajó a la capital y le correspondió ser testigo a nivel nacional del inicio de la Regeneración y el primer gobierno de Rafael Núñez, quien años después aprobaría la publicación de su obra *Geografía General y Compendio Histórico del Estado de Antioquia*¹⁷². Al parecer, fue una experiencia poco agradable según una carta que le escribió a Nicolás Florencio Villa en abril de 1881. “A no ser por el frío, no

¹⁷² Probablemente, una de las causas que lo llevó a su participación en el Capitolio Nacional fue colaborar con su partido que por entonces ejercía el gobierno del Estado de Antioquia y ser allí su vocero. Lógicamente, fue fácil su elección por su prestigio y su cercanía a políticos de ambos bandos. De todas formas, la situación política de Antioquia era de este orden: un partido liberal en el poder, pero fuertemente dividido en dos líneas una radical gobernante y una independiente moderada. La presencia del enemigo tradicional el partido conservador era igualmente activa y existían acercamientos con los liberales moderados

sería posible hallar un dormitorio más delicioso que la Cámara del Senado; se puede roncar en ella sin despertar al vecino” (Uribe Ángel, 1881, mencionado por Suárez Quiroz, 2022, p. 187).

Aunque la política en el siglo XIX giraba alrededor de la lucha partidaria. Más allá de ella también tuvo que ver con las relaciones que la ciudadanía establecía con las instituciones y quienes las desempeñaban. En este contexto la presencia social significativa del Doctor Uribe Ángel hizo que fuera un actor participe de procesos de gestiones públicas que él consideraba en beneficio de su región, sin distingo de colores partidarios. ¿Cómo podemos leer a este Uribe Ángel político? Es un hombre que no quiso tomar parte del rol político activo, pero que por las circunstancias se vio obligado a participar del mismo. En este sentido, al ser un actor social reconocido, irremediamente era un actor político. Muchos de los proyectos que el médico inició se vieron truncados por las coyunturas políticas y los conflictos decimonónicos, era normal que esta frustración lo afectará y se viera reflejada en su discurso.

Incluso, en las tertulias no partidarias, dedicadas a otros temas menos álgidos, más de encuentro y regocijo, con sus amigos, fue inevitable la presencia de la política en la conversación, la reflexión, el comentario y la discusión. Allí estuvo presente Uribe Ángel, con una posición que tal vez no era radical, sino de construcción y, en algunos casos, de decepción o anhelo. Sin embargo, es claro, en el fondo era optimista en relación con su ciudad y su región, y pensaba que el progreso y la modernidad, aunque lentas, no tardarían en implementarse en todo el territorio.

Una última inquietud existe sobre la personalidad de Uribe Ángel en relación con la política, sus biógrafos suelen coincidir en que, por temperamento, era ajena a ella. Pero ocupó los cargos más importantes que una persona podía ocupar al interior de Antioquia, e incluso fuera de ella, al ser senador. Sólo le faltó aspirar a la presidencia de la República. En efecto no fue un profesional de la política como muchas personas notables del siglo XIX, pero transitó por ella con la fluidez acostumbrada. Su eje fue la medicina, la lideró y propició su agremiación, fue la figura de la conmemoración del bicentenario de Medellín, fue nombrado representante del Estado de Antioquia en la inauguración del comienzo

de las obras del Canal de Panamá. Es decir, estuvo al lado de la institucional en varias partes de su vida y tuvo grandes amigos de la política. Por tanto, no se puede tomar al pie de la letra las versiones tradicionales de su aversión a hacer política.

Cerbeleón Pinzón lee el país y sus guerras.

La guerra fue para el teórico Claude Von Clausewitz la continuación de la acción política, pero por otros medios. Si se piensa desde esta máxima el siglo XIX en Colombia, se puede observar como una centuria de constante presencia de la política y de una frecuente acción simultánea de ella y de la guerra. De la primera se llegaba a la segunda y al activarse las armas no dejaba de hacerse política, ya promoviendo sus causas, los luchadores, ya negociando entre sí e incluso al final entre el vencedor dominante y el vencido opacado. Siguiendo a Foucault, los enfrentamientos de poderes permanecen incluso durante los tiempos de paz, en el plano discursivo y de la acción política. En efecto, en el conflicto armado decimonónico colombiano, por un tiempo se acallaban los fusiles y se detenían los machetes, venía una incierta fase de paz provista de ardientes discusiones al estar de por medio construir el país y gobernarlo y sobre todo por conquistar el poder del Estado. La política de la posguerra era la defensa de las ventajas del vencedor, pero como no lograban la victoria total de nuevo se exacerbaban los ánimos, entraba en escena las armas y a su interior el ir y venir de razones políticas justificativas. Y el ciclo se repetía: se llegaba a un bando vencedor y éste al establecer su paz no podía evitar que la fuerza contraría, pasado un tiempo, retornase al campo de batalla.

Gonzalo Sánchez llamó a los conflictos bélicos del siglo XIX unas: “guerras inconclusas”, conducidas por líderes políticos que se desdoblaban en jefes militares. Igual no las consideró que fueran guerras populares con excepción del episodio de Melo ni que finalizaran en contundentes derrotas de los adversarios y si más bien en acuerdos honorables causantes de insatisfacciones suficientes para que se iniciase un nuevo conflicto. (Sánchez, 1991, pp. 13-25). No distante, María Teresa Uribe de Hincapié consideró a estas guerras estrategias políticas y una de las formas del ejercicio del poder de quienes confrontaban. Al describir la dinámica anotó: “Aquellas confrontaciones armadas, contrario a las del

presente, empezaban con los pronunciamientos y terminaban con los armisticios, pero, como las de ahora, tampoco se resolvían, y la hostilidad permanecía latente hasta que las circunstancias permitieran declarar de nuevo la guerra (Uribe de Hincapié, 2004, 21).” Como puede apreciarse es la misma versión interpretativa en diferentes teóricos. Siguiendo su pensamiento, la paz duradera no fue posible en el siglo XIX a causa de la dinámica política. Fue ella y no la guerra el factor dominante del proceso histórico, el conflicto bélico estuvo convertido en un recurso más de sus contrincantes, fácil de usarse y empleado sin arrojar vencedores definitivos.

En un siglo tan agitado existieron muchas voces interpretativas y entre ellas algunas que cuestionaron a los causantes de las crónicas circunstancias bélicas. Por ejemplo, una de ellas se expresó de esta manera para resaltar la contradicción entre pensamiento y acción: “Todos sentamos plaza bajo las banderas de la paz; pero, eso sí, reservándonos el derecho de matarnos, los unos a los otros, en la primera elección de gobernantes, o en el primer conflicto de gobierno o de administración, por conciliable que sea tranquila y pacíficamente. Quien así escribió se llamó Cerbeleón Pinzón, un reflexivo defensor de la coexistencia política pacífica y autor de un texto fundamental para el tema aquí considerado *El Discurso Sobre la Paz Pública*. La discordancia que encontró entre el decir y el obrar sobre la paz y la guerra, para él se correspondía con que la ambición por el poder político obnubilaba y sobrevaloraba una ilusión y tras ello desataba la confrontación armada. La ilusión era alcanzar suficiente autoridad para imponer un punto de vista y unas determinaciones necesarias. A esta aspiración de un logro defendido por el triunfo de las armas Pinzón lo definió con una frase de otro autor: era *la sombra de la sombra*. El poder era la primera de ellas, es decir, el objetivo a conquistar y la segunda los logros magros al ejercerlo. Entonces la estabilidad entraba en crisis y se presentaba la agudización del conflicto que desembocaba en “el derecho a matarnos” que menciona Pinzón (Pinzón, 1864, p. 1).

El jurista pensaba que los países latinoamericanos eran la más clara expresión del espejismo de la detentación del poder político. Sus presidentes lo ejercían respecto a “sociedades nacientes, casi despobladas

i generalmente pobres; entregadas a las disputas i a la saña de partidos irreconciliables; sin verdadero pueblo (...) una inmensa deuda interior i exterior, un Tesoro exhausto, siempre ahogos i casi sin medios de arbitrar recursos; pretensiones, exigencias, temeridades, resentimientos i quejas de todos i por todo.” La descripción del ambiente político de un gobierno implicó, además, que estuviera inmersa en medio de un amplio interés público donde se discutía “acaloradamente sobre la política, día i noche, a todas horas, en la casa, en la calle, en el poblado, en el campo, aún en los espectáculos, i en las reuniones de recreación”. Era tan extrema la situación que “los más pequeños e insignificantes actos de administración, son cosas que, aparte del cansancio i del hastío, que producen, tienen más influencia de lo que parece en el malestar político, i aun en nuestras guerras (Pinzón, 1864, 49-50 y 57).”

Pinzón no hizo excepciones, todo el espectro social lo consideró activo, seguramente con diferente intensidad, dejando sobreentendido que lo que estuviera ocurriendo y podía ocurrir, era de incumbencia general dando lugar a noticias, opiniones, críticas, alabanzas y polémicas circulantes al conllevar el diálogo emocional en atmosferas controversiales y consensuales. Pero, ¿por qué pudo suceder así, por qué tanto alcance comprensivo? En efecto, la política había logrado con el tiempo ocupar un espacio significativo en la cotidianidad, ya respecto a hechos de cierta importancia o pequeños acontecimientos. Quizás por sus contenidos, los presentimientos y los afectos personales se introducían en los ciclos de paz y más aún en los de las guerras; quizás la prensa, por alcanzar cada vez un mayor auditorio, determinaba en mucho la constante vigencia de los temas politizados; quizás el ejercicio de la política al mezclarse con la autoridad de los líderes de los partidos era bastante activo; quizás la acción del gobierno y sus funcionarios eran temas de amplia trascendencia social; quizás la Iglesia con su gran capacidad de influencia se comportaba con frecuencia dispuesta a participar en el accionar político.

En el *Discurso* del expresivo Pinzón, al referirse a la convivencia de la ciudadanía con los partidos, sostuvo que estos requerían corregir su comportamiento político. Ambos actores, los liberales y los conservadores, en exceso, estaban pendientes de toda iniciativa estatal de

tal manera que vigilaban hasta lo más minucioso y lo expresaban en la opinión pública. Tanta susceptibilidad era perjudicial para el desempeño administrativo; más bien, se debía prestar atención y ser sugerente en asuntos de trascendencia.¹⁷³ En conclusión, significaba que en el país la opinión pública había alcanzado un gran desarrollo e influencia. Siempre activa era una cultura del diálogo controversial expresada por medios comunicativos en los cuales la prensa era básica y a su lado estuvo presente la palabra verbal de las sociabilidades. Los juicios fluían, al ritmo de los equilibrios de las fuerzas políticas, los hechos tratados, la censura estatal y social. Había vencedores y vencidos y ello, acompañado de mutuas referencias agresivas y argumentos.

Al comenzar en firme la época federal que rigió la constitución de Rionegro y siendo presidente de uno de los gobiernos liberales radicales Manuel Murillo Toro, encargó al doctor Pinzón la escritura de un *Catecismo Republicano*¹⁷⁴. El propósito gubernamental fue disponer de

¹⁷³ Ya hacía muchos años en uno de sus textos, el de *Filosofía moral*, había incluido ese criterio y lo repetía en su *Discurso* por creer que era un defecto importante: “si todos los ciudadanos intervienen en la conducta de los pormenores de la administración, si cada uno quiere que se gobierne a su modo, el resultado será que no se gobernará de modo alguno (...) o que se gobernará mal.” No sólo veía este problema, también se perjudicaba el “sosiego público” y estaba en juego llegarse a un mayor daño: principalmente, en los niveles populares de la sociedad había individuos “que, sin los datos bastantes, sin el conocimiento de todos los antecedentes i circunstancias, ni de las miras del gobernante, i aun sin el estudio necesario, no se paran en decidir de pronto una cualquiera cuestión pública, por oscura e intrincada que sea, i fallan, regularmente, condenando o improbando.” El mayor perjuicio estaba en quienes “sin detenerse en medir la influencia de sus palabras, van diciendo sin cesar i con seguro tono, que la situación es mala, que no tiene remedio, que la guerra es inevitable, i cosas por este estilo”. Consideró que la consecuencia de esa habladuría consistía en infundir “desaliento en unos; en otros fomenta el egoísmo, puesto que viéndose que no se espera ya salud para el país, es posible que se acuerden del *sálvese quien pueda*; con aquellos conceptos (...) esparcen la alarma, i si se llegara a generalizarse (...) podrían hasta favorecer o atraer la guerra (Pinzón 1864, 57 -58).”

¹⁷⁴ El modelo educativo del catecismo servía desde los comienzos de la república. En este sentido difundió variados tipos de conocimiento, el religioso, pero también se innovó para la geografía, la historia, las matemáticas, la economía, la urbanidad y la política. Su alcance puede consultarse en (Tovar González, 2006, 119-146). Además de su *Catecismo*, por ese entonces Pinzón fue prolífero respecto a la intensión de propiciar la formación ciudadana, fechadas entre 1864 y 1865 existen tres obras más: *Juicio sobre la*

un texto educativo que inculcara el patriotismo y los principios de la ciudadanía contenidos en la constitución.¹⁷⁵ Escogió el modelo pedagógico del catecismo, por asumir que el alumnado necesitaba aprender las nociones cívicas indispensables para su vida civil de la manera más práctica y clara posible. Eran verdades políticas inobjetables, bases sobre las cuales estaba soportada la república y aunque ella estaba establecida desde el triunfo de la Independencia de España, el sistema educativo no tenía el suficiente desarrollo y formación inculcada. Por la gran injerencia de la Iglesia, sus postulados religiosos habían sido la prioridad a costa de la moralización cívica de los colombianos.

El destino inmediato de la obra de Pinzón fueron las escuelas de la Guardia Colombiana y más allá debió proyectarse a otras escuelas públicas. La Guardia era el ejército de que disponía el Estado para defenderse cuando fuera indispensable. Su base social estaba extraída de los sectores populares y además de su aprendizaje militar, el cívico, a criterio del liberalismo radical que gobernaba a Colombia, no debía faltar. En consecuencia, allí estuvo la enseñanza valorativa de la paz, el orden social, el trato al vencido en la guerra y mucho más. De la siguiente manera se inculcaron las dos nociones primeras:

P. ¿Tan importante es, pues para la dicha de un país la conservación del orden i de la paz pública?

Constitución de Rionegro, Discurso sobre la Paz Pública y Proyecto reformativo de la Constitución.

¹⁷⁵ En 1821 ya había habido un primer catecismo de este carácter editado en Bogotá y escrito por el licenciado José de Grau, quien lo tituló *Catecismo político arreglado a la Constitución de la República de Colombia, de 30 de agosto de 1821: para el uso de las escuelas de primeras letras del Departamento del Orinoco*. Se desconoce su efecto educativo, pero no debió ser mucho debido a que apenas se iniciaba la república con un gran lastre de atraso en el sistema educativo. En cambio, el catecismo de Pinzón se dio en otro contexto; quizás en todo el siglo XIX era el momento de mayor expansión de la formación escolar y política.

R. Para contestar a esta pregunta basta considerar el odio que presenta una sociedad en estado de guerra: el ruido de las armas, el despotismo militar, la inseguridad, el abandono del trabajo, los atentados contra la propiedad, el comercio abatido, los mercados desiertos, la miseria i el lamento general, los campos eriales cuando no empapados en sangre i cubiertos de muertos, o de heridos cuyos lastimeros ayes mezclados con el extertor de los moribundos “recuerdan el dolor de sus padres, de sus esposas i de sus hijos reservados al abandono, tal vez a la miseria i ciertamente a un luto irresponsable: destruidas las cosechas, incendiadas las casas de campo, expuestas las ciudades a los largos padecimientos de los asedios...”

Y, ante el enemigo derrotado, he aquí según Pinzón, el comportamiento que debería tener el integrante de la Guardia como triunfador:

P. ¿Como debe portarse el guardia colombiano después de la victoria?

R. Con humanidad y compasión. Desde que cesa el combate callan las leyes de la guerra, i recobran su imperio las de la humanidad, las del evangelio i la civilización. El vencido no es ya un enemigo; es un hermano en desgracia: esta aterrado, agobiado de fatiga, tal vez devorado de ardiente sed, tal vez cubierto de dolorosas heridas; siente en su derredor los pasos de la muerte, o cuando menos oye sonar la cadena del prisionero: oprimido el pecho suspira por su bandera vencida, i traspasado de agudo dolor, acuérdase de su esposa, de sus hijos pequeños, acaso de su madre anciana.... En tal afflictiva situación i que falta de nobleza y de valentía no tenderle jenerosamente la mano i Que crueldad, que envilecimiento, descargar sobre él a sangre fría un golpe mortal. La gloria recojida en el más famoso combate quedaría empeñada por una acción semejante. El valiente es compasivo jeneroso y el guardia colombiano debe portarse como se portan los valientes. Hay más satisfacción en salvar a un enemigo rendido, que en derrotar a un ejército (Pinzón, 1865 41 y 52).

Los contenidos de las respuestas a los interrogantes fueron previstos para despertar la sensibilidad del estudiante hacia el dolor del ser humano. Pinzón lo utilizó para que la persona fuera reacia a ser parte de la guerra y, si lo hacía, adoptara un trato humanitario con su rival al derrotarlo. En suma, era el respeto a la vida del otro lo que estaba detrás de ambas actitudes, un principio inculcado por la moral religiosa tradicional e integrado a la época de la modernidad cultural y política. En este sentido el liberalismo radical lo incorporó a su credo junto los demás principios habituales e inspirados en los pensadores clásicos de su ideología (Locke, Constant, Stuart Mill i otros), tan empeñados en la defensa de la libertad individual del ser humano, política y económica en esencia.

Uribe Ángel lee el país y sus guerras

¿Cómo fue el pensamiento de doctor Uribe Ángel sobre el curso político que había seguido el país? Al consultarse su manera de pensar en cinco momentos históricos: finales de la década de 1840 (su viaje Lima-Chocó), 1862 (el viaje a Bogotá), 1867 (el viaje al Nordeste), 1881 (una carta a Alberto Urdaneta) y 1899 (el discurso de cambio de siglo) se encuentra una continuidad escéptica sobre el curso del devenir político.

A finales de la década de 1840 cuando Uribe Ángel realizó la aventura de su viaje de Lima al Bajo Chocó conoció un excéntrico personaje llamado el doctor Beltrán, un anciano de alrededor de 80 años, que había preferido vivir aislado en la selva a estar en la sociedad. Al contar su pasado, hizo una caracterización pesimista del proceso histórico del país, así se expresaba Beltrán, quien le dio acogida en su casa pajiza levantada en zancos y ubicada en un remoto lugar del pueblo de la Concepción: “Nuestra revolución fue prematura: los resultados de ella lo demuestran.” Concluida la guerra de Independencia, “la revuelta está en pleno vigor”, “Los partidos luchan con encarnizamiento, las pasiones se debaten con furor”, “las ideas están siempre en los extremos”, “la nación en

incendio permanente”, “el pueblo paga con la vida, y las agitaciones continúan.” (Uribe Ángel, 2020, 73,74).

Lo oído quedó en su memoria y con ello retornó a una Medellín y un país inmerso en las reformas de medio siglo y los desencuentros entre los nacientes partidos. Por entonces no hay evidencias sobre los pareceres del novel galeno relativos a ese tenso ambiente, más no debió encontrar ningún ingrediente que lo llevara a pensar diferente a lo dicho por el doctor Beltrán sobre el país. Durante la guerra de 1861 a 1862, que en Antioquia ocasionó una alteración notable de sus circunstancias, salió de Medellín con su esposa hacia Bogotá y durante su recorrido hizo anotaciones relativas a las implicaciones causadas por la guerra: “El trabajo generador de veinte a treinta años en asuntos de inteligencia, lo agosta y lo arrasa la ola ardiente de nuestras revoluciones (...). Todas y especialmente la última, ha conmovido y desquiciado el edificio de la República.” La visión era catastrófica:

Si algún grado de armonía ha existido antes (...) todo está sin orden, (...) sin esa unidad que es la condición indispensable de la existencia permanente y providencial de los seres. Desde las relaciones con Dios, hasta el más insignificante detalle de la vida común, todo se encuentra alterado. Y ese todo caótico fue así: En religión, la Iglesia, el culto, las ceremonias, el sacerdocio y hasta el dogma; en política, la forma de gobierno, la organización social, la administración, la policía, la diplomacia hasta la estructura misma de la doctrina; en lo civil, la sociedad entera, el crédito, los impuestos, las ganancias, los derechos, la confianza, la estabilidad y hasta la libertad inmanente del hombre. El ejército, las corporaciones de toda clase, la industria, el comercio, la agricultura, la minería, el hogar y hasta la existencia individual y la fe, todo está vacilante, incierto y esperando la milagrosa fuerza de cohesión que debe reunir los átomos, las moléculas, los corpúsculos, los pedazos de los jirones de esta desgraciada sociedad (Uribe Ángel, 1904).

He aquí la visión de lo que él llamó *anarquía* y lo que María Teresa Uribe denominó visión catastrofista de las guerras civiles, dos percepciones de tiempos muy diferentes y visiones igualmente contrastantes. La primera destinada a impactar en los daños y la segunda a tomar distancia para alcanzar a comprender la mirada del primero. El desastre requería de casi un milagro para reconstituir la sociedad, así percibió la situación el doctor Uribe por no apreciar que existiera una perspectiva de solución a corto plazo. La impresión tan impactante la ha producido Tomás Cipriano de Mosquera al imponer su mano fuerte teniendo como apoyo su capacidad militar. Antioquia está subyugada y la sociedad está hecha “jirones”.

El impresionante deterioro no terminaba allí; incluyó un párrafo adicional que revelaba aún más su pesimismo: vivía en una “República de ensayos”, donde “todo se inicia y poco se cumple”. A tan mala opinión adicionó dos graves defectos: “se deifica o se denigra la libertad alternativamente”. Luego más: “toda utopía tiene asidero, todo sistema defensores y adversarios”. Y después: “toda doctrina prosélitos y enemigos; en que las fases de las cosas se vuelven y revuelven en diferentes sentidos, para no aceptar definitivamente ninguna”.¹⁷⁶

Para Uribe Ángel el país desde su Independencia era un caldo de cultivo efectivamente complejo, incierto y errático; abundaban las iniciativas, las diferencias, las campañas eleccionarias causantes de choques y tensiones, la experimentación, los roces entre estados y de ellos con el gobierno general y como máximo mal las guerras civiles. Poco había servido adoptar el sistema republicano centralista o federal, junto con el nacimiento de los partidos y la gestión de los gobiernos.¹⁷⁷ Toda esta

¹⁷⁶ Y entre lo inconcluso, el tema material de las obras públicas: “las vías de comunicación en sus teorías, han estado expuestas a los mismos vaivenes, a la misma velocidad, a las mismas contradicciones y, en la práctica, a la misma nulidad”. El resultado era un montón de “Leyes suntuarias, planos diversos, cálculos ilusorios, todo se ha propuesto y hoy estamos en el mismo punto de partida, merced a nuestra insustancial charlatanería política y a nuestra incapacidad administrativa, en cuestiones de hecho y de verificación práctica. Estas verdades son un poco amargas, pero parecen verdades” (Uribe Ángel, 2017, 549).

¹⁷⁷ No faltaron los que más allá de la crítica del médico atribuyeron la culpa de la precariedad al sistema político adoptado por ser impropio a la naturaleza formativa que

precariedad recaía sobre Antioquia perjudicándola, mientras se desenvolvía dentro de unas condiciones determinadas sobre las cuales evitó referirse, quizás, por correr el riesgo de afectar susceptibilidades.

Pasaron los años en estas circunstancias y ya, en el año 1867, durante su viaje al Nordeste, se expresó de esta forma: el sistema republicano primero centralista y luego federal, uno y otro, junto con el nacimiento de los partidos y su desempeño y el ejercido por los gobiernos, todo había funcionado mal. Era un caldo de cultivo efectivamente complejo, incierto y errático por sus iniciativas y diferencias de opinión, campañas eleccionarias tormentosas y como máximo mal las guerras civiles. La historia humana de sentido ascendente parecía desmentida en el caso de su país. La marcha tortuosa además permitía que “El descrédito que nuestras frecuentes revoluciones han echado desgraciadamente sobre nuestro nombre, ha sido, digámoslo en justicia, muy bien merecido”. La desordenada historia del país, causaba, según él, un desengaño de alcance más general: “o nosotros estamos ciegos o notamos y creemos ver en espíritu de nuestras poblaciones cierto sentimiento de odio por las revueltas, un vago acento de anatema por las revoluciones y un culto casi religioso por la paz.”¹⁷⁸ Apoyándose en este consenso, se imaginó un alzamiento popular contra la guerra civil a favor de la paz y concibió sobre esta base, el logro del respeto internacional.¹⁷⁹ Bien sabía que esas gentes

se había tenido durante la vigencia de la madre patria. No era así el punto de vista de nuestro personaje.

¹⁷⁸ La repercusión social de los anuncios de una rebelión contra el gobierno hacía que las comunidades estuvieran pendientes de las circunstancias políticas para anticiparse a sus consecuencias. Un testimonio llamativo se encuentra en el relato *Las vacas de la fiesta*, de Gaspar Chaverra quien usó el seudónimo Lucrecio Vélez. Expone la tensión social y temor al saberse la fecha fijada para decretar un alzamiento militar. Los campesinos huyen del reclutamiento en los pueblos, quedan “desiertas las dehesas”, se cierran comercios, se esconden las mercancías, se encarece la vida, se suspenden las garantías individuales, etc. (Chaverra, 1995, 332-334).

¹⁷⁹ En el siglo XIX varios autores se refirieron a la aversión popular a la guerra. En 1864 Cerbeleón Pinzón: “La gran masa del pueblo en la América Española, permanece indiferente hasta extraña al debate de las cuestiones de alta política; i esta es la verdad; i en cuanto a las sangrientas luchas de los partidos, figura en ellas esa gran mayoría solamente como víctima del uno i otro beligerante. Puede decirse que el número de individuos que entre nosotros toma parte activa i eficaz en la labor a política, a gran conceder no pasan de cien mil; entre esto se ajita la guerra; el resto, cerca de dos millones

estaban a merced de las circunstancias, pero su enunciación era la de un idealista que contradecía al pesimismo de otros, es decir, un soñador.

Si nuestro cálculo es exacto, y si los pueblos protestan como soberanos contra la guerra civil, si aclaman la independencia y seguridad de trabajo, si establecen la soberanía de su voluntad y de su provecho en asuntos de orden, de moralidad, de propiedad y de seguridad, entonces ganaran un poco de respeto entre las naciones poderosas. (...) sus esfuerzos serán protegidos, el comercio se desenvolverá en formas consoladoras. La industria abrirá las alas, la libertad sentará su trono legal (...) y la idea de empresas colosales (...) no hará sonreír sardónicamente a los pesimistas (Uribe Ángel, 2017, 91)

En el año 1881, el médico está en el culmen de su prestigio y su percepción sobre la situación del país sigue siendo negativa. Por entonces era senador de la república y se encontraba en Bogotá. Con sorpresa, recibió una invitación de tipo cultural que le dio la oportunidad de manifestar su pesimismo. Un intelectual importante estaba dispuesto a iniciar la publicación de un gran periódico gráfico con sentido patriótico que reuniese a reconocidos escritores y lo invitaba a ser parte del proyecto. Por alguna razón personal, quizás por el compromiso político en que estaba con el liberalismo independiente en el gobierno, de forma elegante declinó la invitación y allí incluyó su parecer político.¹⁸⁰ La carta estuvo

i medio, no pueden querer sino paz i garantías (Pinzón, 1864, 33).” En 1883 Rafael Núñez afirmó que “El amor a la paz domina evidentemente en nuestro pueblo, y tanto es así, que entre nosotros las revoluciones se hacen siempre de arriba para abajo y no de abajo para arriba, como sucede ordinariamente en otros países”. En 1894 también Medardo Rivas escribió: “El pueblo jamás se revoluciona: odia la guerra y anhela la paz; pero con el pueblo se hace la revolución; el costea la guerra; y es preciso observarlo durante ella”. (Núñez y Rivas citados por Malcolm Deas en: Camacho Arango, Garrido Otoya y Gutiérrez Ardila, 2018, 245).

¹⁸⁰ Sin estar dedicado plenamente a la actividad política integraba el liberalismo independiente, esa corriente desviada del radicalismo y el conservatismo que fue madurando su posición intermedia entre estas dos líneas de pensamiento, propiamente su construcción pública partió recién terminada la guerra de 1876-77. Por entonces había ascendido al poder el General Julián Trujillo y presidía el senado Rafael Núñez, ese liberal radical cuya ideología se había moderado con su permanencia en el exterior. En el afamado discurso del presidente del senado para dar posesión a Trujillo, se hoyó por primera vez la palabra Regeneración y en estos términos: “Hemos llegado a un punto en

dirigida a Alberto Urdaneta, cuando este gran editor tuvo previsto iniciar su prestigioso *Periódico Ilustrado de Bogotá*. La respuesta del 16 de febrero, acompañada de un grabado de su figura fue la siguiente:

Mi querido Alberto:

Para adorno del bello libro que con genio de eminente artista está usted formando, tiene necesidad de que: los poetas le den brillante versos: Ya los tiene; los pensadores lindos discursos: Ahí están; Los filósofos, máximas profundas: También las tiene. Un médico podrá apenas darle consejos de salud. Yo intento dárselos, no para la suya, a Dios gracias, me parece lujosa y opulenta, sino para Colombia atacada de grandes enfermedades y amenazada por otras peores.

Recibe: caridad ampliamente practicada para evitar el consumismo que la invade, tolerancia para conseguir la paz, benevolencia para arreglar sus pasiones delirantes, unción contra la anarquía (remedio del Libertador), instrucción para procurarse hombres, educación para formar pueblo, trabajo para enriquecerse y (...) libertad racional para ser inmensamente grande.

Si no se aplican estos medicamentos, puede usted desde ahora vestir luto para asistir a sus funerales.

Su cordial amigo per vitam aeternam.

M. Uribe Ángel

Bogotá 16 de febrero de 1881. (Uribe Ángel, citado por: Álvarez Echeverri, 2004).

Su educada respuesta tuvo algo de singular debido a la disposición que siempre había mostrado a participar en periódicos y revistas de ese género. Así se había comportado al interior del ámbito cultural antioqueño y ahora que tenía la posibilidad de estar presente en el

que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental o catástrofe”. A ello agregó: “es la política del orden y la libertad fundada en la justicia. Es la política de la justicia fundada en la práctica religiosa y leal de las instituciones”.

epicentro literario de Colombia, lo desechó. En cuanto a las circunstancias del país, sí se expresó, pero con la brevedad de un señalamiento que al asumirse en sus puntos para estudiar el interior de su pensamiento es necesario detenerse en ellos. A la palabra enfermedad le asignó un sentido alegórico, el del pueblo colombiano padeciendo “grandes enfermedades” y él en el papel de un médico de la política que diagnosticaba y formulaba un tratamiento amplio, al ser varios las dolencias: exceso en el consumo, la intolerancia, la inclemencia, la “anarquía” e ignorancia, formaban un conjunto defectuoso y una delicada mezcla que demandaba remedios.

La primera dolencia, el consumismo, al no especificar quienes lo padecían dejó entender que era común a todos los colombianos. No obstante, Uribe Ángel debió tener en mente no a la totalidad de la sociedad, sino los sectores minoritarios, que por su capacidad adquisitiva o sin tenerla, se dejaban atraer por la publicidad y el mercado de la ostentación y el lujo. Sabía que la generalidad de la población era campesina pobre y distante de esa cultura. A pesar de todo, la modernidad traía el materialismo y para la Iglesia y el médico era un prejuicio a la autenticidad cristiana del ser humano. Lo alejaba de la espiritualidad y lo acercaba a la ostentación de la riqueza. Era la banalidad a la cual antes Mariano Ospina Rodríguez le había dedicado un artículo analítico en el que dio este concepto: “lujo es todo gasto desproporcionado por su exceso con los recursos de quien lo hace; i todo gasto en que la satisfacción que él procura es muy pequeño en comparación con el sacrificio que exige.” (Ospina Rodríguez, s.f, p. 1).¹⁸¹

No deja de ser posible que, por él ser un provinciano en la capital de Colombia, los lujos allí presentes rigieran con su visión de hombre austero y entonces su parecer pudo estar especialmente basado en los comportamientos adquisitivos y sociabilidad exclusiva, en las altas esferas bogotanas. Allí el refinamiento era mayor que en Medellín donde igual existía con menor formalidad. Por otro lado, como senador se movía

¹⁸¹ En este punto en particular sobre la alta sociedad antioqueña se presentaba una dualidad de apreciaciones. A mediados de siglo Emiro Kastos expuso una imagen de una subjetividad obsesionada por el enriquecimiento, parca en sus costumbres, casi mojjigata.

en los círculos políticos protocolarios del Congreso y el gobierno central.

182

Quien así consideró el exceso de consumo llevaba una vida sobria. Alguien que, sin ser ostentoso, se vistió según la moda introducida para estar acorde a su profesión, cultura y nivel social. De su figura existe más de una fotografía que como todas las de esa época son construcciones iconográficas en las que el ropaje lustroso dominó siempre y no puede tomarse como el cotidiano de las personas. Es factible que al ser un doctor valorará la presentación personal para reflejar una identidad ante los demás. No en vano algunos cronistas destacan su figura. Igual le gustaban los buenos licores con prelación sobre el aguardiente y seguramente las buenas comidas, pero hasta allí llegaba, bien distante del imaginario “marqués de Gacharná” creado por José María Vergara y Vergara.¹⁸³

¹⁸² En el año 1822 el periodista irlandés procedente de los Estados Unidos escribió respecto al comercio de Bogotá esto: “Acá puede verse los productos de todas partes del mundo, de Japón y de China, India, Persia, Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Holanda y, por último, no menos importante, de los Estados Unidos (citado por Otero Cleves, 2010)”. A finales de siglo, el consumo de origen foráneo era mucho más amplio. La economía de exportación y el oro suministraba el dinero.

La historiadora Victoria Peralta al estudiar el mundo bogotano del juego y los placeres, dedujo que “el refinamiento y los gustos” estuvo limitado por “tradiciones muy fuertes” que limitaron las novedades europeas, la ciudad con su estrechez, suciedad, pobreza y aislamiento también condicionaron el lujo, así como “las censuras morales”. Toda esta mezcla hizo que “lo placeres copiados fueron tráfugas en el tiempo y salieron y entraron en la vida de Bogotá sin mayor trascendencia”, cual si fuera una confrontación entre lo viejo y lo nuevo constante (Peralta, 2016, 148).

¹⁸³ “Un francesito, natural de Sutamarchán” que tuvo la fortuna joven de visitar París y al regresar a Bogotá, casarse con una inglesa con dote. Como él y ella amaban lo extranjero, pudo lograr que, cuando el cónsul de Noruega debió regresar a su tierra, conociéndolo en su esnobismo, lo nombra su cónsul. Entonces, “Monsieur Gacharná” pidió carta de naturalización noruega y ofreció a ese gobierno, comprar un título y así fue marqués y obtuvo la condecoración “del Águila Coja”, hecho que lo llenó de complacencia por dejar de ser colombiano y ser noruego (Vergara y Vergara, 1976).

Su remedio al consumismo fue la *caridad* porque contrarrestaba el apego a la adquisición exagerada de bienes y el exceso egoísta de su tenencia. Ella era la manifestación de la consideración humanitaria hacia el prójimo del que poseía al que carecía. Como principio religioso, el doctor Uribe lo había aprendido en la escuela cuando el Catecismo del Padre Astete establecía entre “Las Obras de Misericordia” corporales siete modalidades de asistencia entre las que estaban: “dar de comer al hambriento”, “dar de beber al sediento”, “vestir al desnudo”, “dar posada al peregrino” y aún “visitar a los enfermos” (Astete, 1834, 4). Ayudar implicaba más: contenía en sí misma la distribución de riqueza que mantenía estables las relaciones sociales sin deteriorar al pudiente y aliviar necesidades del desposeído. Esos principios eran absolutos en su sociedad que bien estaba definida por la cantidad de comunidades de feligreses y clérigos practicantes de la caridad conjuntamente con expresiones propias del fervor religioso.

Aunque en el microrrelato “la moda” postuló otra posible solución para combatir el consumismo y las corrientes foráneas que deformaban las tradiciones y costumbres propias: “aunque sea un atrevimiento de mi parte, me atrevo a aconsejarles a los predicadores católicos de mi tierra que cuando quieran combatir una moda absurda no la tomen a lo serio. Atáquenla por el lado ridículo que no es difícil hallar en personas y cosas de este mundo” (Uribe Ángel, 1901). En aquel cuento corto el médico calificó la moda como “el más imperioso y absoluto tirano”. En el fondo, hay una estrategia clara para combatir el consumismo y la moda perjudicial y es mostrar el absurdo del apego a la materialidad, la vestimenta determinada y los lujos. El médico, desde su visión humanista, era consciente y crítico con los discursos que ya, desde un naciente y próspero capitalismo en Europa y Estados Unidos, abundaban para ampliar la demanda de productos que no siempre eran necesarios para el bienestar social e individual. El humor se convierte aquí en un mecanismo de deconstrucción de la moda y su altar vacío.

La petición de ser parco en el consumo y los lujos, y predicar la caridad no eran propiamente maneras de ser propias del sujeto político; estaban acordes con una reflexión ética vinculada a la religión. Ahora bien, cuando mencionó el tercer remedio sobre la enfermedad de los

colombianos, es decir la *tolerancia* y la *benevolencia* si se adentró en los terrenos escabrosos de la política. Se fundamentó en apreciar que, desde el comienzo mismo de la experiencia republicana, la discusión política era una coexistencia polémica intolerante que desembocaba en el conflicto político y la guerra civil. En este defecto estaba basado gran parte de su pesimismo crítico. ¿Qué más se podría proponer sino insistir en lo mismo? ¿el respeto, el diálogo y la tolerancia como valores supremos? Era un reclamo que bien puede pensarse reiterativo porque tantas décadas de conflictividad muy seguramente otros habían hablado a favor de la convivencia. Nunca había sido fácil tolerar al otro y mucho menos ser benevolente con él. Tampoco el asunto se resolvía con sólo pedirlo a secas. Faltaba implementarlo y al ser sólo él un médico y no un político fue prudente al dejar sólo el anuncio mediante una bien estructurada alegoría: el cuerpo humano enfermo simbolizando a toda una sociedad en igual condición.

El doctor Uribe recetó otro remedio para Colombia, la *unción* contra la anarquía. La palabra “unción” en el diccionario se refiere al verbo untar y un ritual con connotación religiosa. Apreció que se necesitaba quien unciera al país y agregó el nombre del Libertador, con referencia una personalidad deseada. Para él su ejemplo era voluntad, capacidad de gobernar y prestigio para ser reconocido y acatado. Que recurriera a Bolívar fue previsto con el sentido de su concepto de un poder centralizado. La única mención que hemos hallado en que el médico desarrolla la figura del libertador fue en el año 1883 cuando escribió: “El libertador, su ayo y su capellán”, donde hace una entrevista imaginaria a Simón Rodríguez. Es una visión de admiración por su cultura, pero no de su capacidad política. Allí resalta el perfil educado y culto de Bolívar y su juramento en Roma de liberar del “yugo español” a las colonias americanas (Uribe Ángel, 2022, pp. 15-19). Por su parte, cuando se refería a *anarquía*, es sinónimo de la inestabilidad profunda del orden tradicional en la sociedad política, una especie de descontrol y debilidad en la autoridad cuyo peligro consistía en desatar las pasiones violentas.

Hay también en la carta a Urdaneta un pensamiento optimista convencido en el poder transformador benéfico de la educación y la instrucción contrapuesto al carácter destructor de la guerra como

impedimento.¹⁸⁴¿Cuál era la diferencia entre educación e instrucción? Sobre esta última escribió, “se llega al conocimiento de principios, de teorías, de sistemas, de reglas y doctrinas, tanto en las ciencias como en las artes”. Mientras que la educación modelaba costumbres, hábitos, pasiones, maneras, disciplinaba el comportamiento, ponía en práctica virtudes, impartía la obediencia, regulaba la libertad del individuo, inculcaba el respeto hacia los demás y la estimación de uno mismo. El punto central de su argumento sobre la educación consistió en que era el medio para lograr el orden social que consideró adecuado y el instrumento más útil para modelar al ser humano en dirección a su perfección.¹⁸⁵

Pasaron bastantes años para poderse captar de nuevo su pensamiento sobre las circunstancias del país. Ya no es un hombre activo como médico y está refugiado en su ambiente doméstico, pero por la valoración que la sociedad da a su persona y por su lucidez aún presente fue el indicado para despedir públicamente un siglo y comenzar el otro. El 31 de diciembre de 1899 dio un discurso donde no quiso hacer un balance del siglo XIX por su reciente trascurso, más sí resaltó que “el espíritu humano” había dejado como herencia, innumerables contribuciones en su recorrido a pesar de sus tropiezos. Estimó que dicho espíritu miraba “siempre a lo alto y va hacia adelante”; el progreso material y técnico alcanzado respaldaron su predicción. Las sociedades del mundo presentaban un mayor bienestar, pero contaban con un gran defecto: su

¹⁸⁴ Le interesó apoyar la fundación instituciones educativas y fortalecer las que ya existían al creer que por ese medio aportaba a formar culturalmente de una manera civilizada a la juventud y la niñez antioqueña. Su propio libro *Geografía general* tenía esa intención formativa.

¹⁸⁵ Ya había escrito el doctor Uribe en su historia médica: “El mundo marcha hacia la perfección posible; pero sea efecto de mi timidez en materia de reformas, o de que mi pensamiento provenga de una convicción íntima, yo sostengo que enseñar, educar, instruir y civilizar son los agentes propios de los más positivos adelantados, y que ante esos agentes la guerra, las devastaciones, los atropellos y la fuerza bruta son miserable recursos, atrocidades impías, servidumbres, inicuas, de cuyo empleo el hombre debería estar constantemente avergonzado (Uribe Ángel, 1932, 45).”

estado distaba mucho “de venir con la armonía y equidad deseables.”¹⁸⁶ Su país era la mayor expresión de esa desarmonía y la guerra era una de sus causas más profundas.

La acogida que el doctor Uribe pudo tener en el público debió ser prácticamente unánime. Para todos eran no solo palabras sabias de un anciano admirable, también de un profundo sentido moral en medio de una comunidad religiosa. Previo a él había hablado el obispo de Medellín y propuesto la construcción de un monumento “dedicado al **Salvador del Mundo**” y así estar en concordancia con una orientación reciente pontificia prevista con el fin de afianzar su unidad alrededor de Cristo. El Papa de entonces consideraba necesario responder a “extravíos” presentes en el mundo cristiano.¹⁸⁷

En Colombia no había propia extravíos religiosos, pero si una guerra terrible, la más terrible del XIX, la de los Mil Días que recién había comenzado. El médico en su discurso la vio como una de las más grandes tragedias que su pueblo podía sufrir. La llamo “una balumba de calamidad” por ser el origen de “monstruosidades aterradoras.” Su enumeración fue de este orden:

(...) desaparece la libertad, enmudece la prensa, se desconocen y vulneran los derechos originarios, se quebranta hondamente la propiedad, la justicia se cubre el rostro, la caridad desmaya, el progreso huye, la sangre corre a ríos, el delito y la impunidad se yerguen con cinismo, la desesperación cunde, el porvenir se oscurece, la fe se pierde, y hasta la muerte, la misma muerte, se ve llegar no como tirana sino como libertadora. Como colmo de

¹⁸⁶ Su defecto estaba en que “la doctrina de Cristo” no reinara a plenitud, únicamente cuando estuviera presente “en todas las almas y (...) conexiones sociales”, habría “concordia efectiva y verdadero perfeccionamiento moral”. Entonces, al llegarse allí, a ese estado ideal, “la acción de las cárceles, los presidios, los verdugos, los fusiles y los cañones, apenas” se requeriría.

¹⁸⁷ El medico apoyó la iniciativa y propuso el lugar donde podría erigirse la majestuosa imagen de forma que fuese bien visible; la consideró merecida “por los beneficios recibidos por el orbe cristiano” en el siglo anterior y por ser acorde a su postulado de alcanzarse una vida armónica y, en definitiva, próspera, cuando los hombres se guiaran por la moral religiosa de Cristo.

males, la carestía, la desnudez, el hambre y la peste, con su cortejo de usuras, de harapos de semblantes escuálidos y de fallecimientos en grupo sobrevienen y ayudan a producir cuadros de horror apocalípticos (Uribe Ángel, 1974, p. 10)

La impresionante enumeración antibélica anterior, con seguridad admitida por quienes lo escucharon con aplausos, se dio cuando todos estaban impotentes ante el hecho ya creado: la guerra que seguía su macabro curso. Hacia sólo pocos días había ocurrido la Batalla de Peralonso, una de las más importantes del conflicto y para contribuir a ella el reclutamiento no daba tregua al unísono que la desertión del ejército. Por su parte el anciano médico debió apreciarse cumpliendo un deber, el del intelectual que le explicaba a un público la situación vivida con todas sus consecuencias. Nada podía hacer en contra más que eso: denunciar para que los actores cambiaran de actitud y los sufrientes les reprocharan a estos su comportamiento y se resistieran a participar defendiendo la paz.¹⁸⁸

El médico no profundiza en las causas del conflicto bélico, pero bien podríamos citar a María Teresa Uribe cuando aborda el problema: “las guerras civiles del siglo XIX en Colombia fueron guerras entre ciudadanos, guerras por la nación, por el establecimiento de poderes y dominios con capacidad de dirección y control político; guerras por la conformación del Estado Moderno y por la generalización y la ampliación de sus referentes de orden: soberanía, derechos y ciudadanía. En fin, fueron guerras por la política, y acciones políticas vividas como si de una guerra se tratara” (Uribe de Hincapié, 2019, 46)¹⁸⁹

¹⁸⁸ “El intelectual decía lo verdadero a quienes aún no lo veían y en nombre de aquellos que no podían decirlo: conciencia y elocuencia” (Así lo concibió Michel Foucault refiriéndose al pensador decimonónico francés, en un diálogo con Gilles Deleuze, titulado “Los intelectuales y el poder”).

¹⁸⁹ Malcom Deas acorde con esta idea escribió: “(...) las guerras esencialmente fueron luchas por el poder político, que emergieron de dos problemas nunca resueltos, la exclusión de minorías y la falta de perspectiva de alternación en el gobierno (Deas, 2018, 247).”

A pesar de la “visión catastrofista”¹⁹⁰ que era tradicional en el siglo XIX, quien lo observó Uribe Ángel, ahora era un anciano que la consideró como una transición y algo doloroso para las sociedades que concluiría “como termina todo en el mundo, y tras ella vendrá la paz”, siempre y cuando imperara la justicia, la “panacea curadora de todas las dolencias sociales y de sus tristes efectos”. Aunque no desarrolló la idea de a que justicia se refería, en su mente estaba aquella capaz de reparar las dolencias humanas y materiales, es decir, una suerte de fase histórica muy afín a nuestras circunstancias actuales del conflicto y su *justicia reparatoria*.

En un país como la Colombia del siglo XIX, decirle a los demás que la guerra era un acontecimiento muy perjudicial era obvio, pero al expresarlo, no discriminó en uno u otro conflicto. Si hubiera tomado uno de los criterios destructivos, el del número de muertos, hubiera tenido que especificar y lo mismo en sus duraciones, cantidad de participantes y extensiones de los espacios bélicos. La finalidad de considerar las consecuencias fue incidir en la población para que adoptase una posición de resistencia, puesto que ninguna causa justificaba que los hombres se enfrentaran en una lucha armada. Todo tipo de discrepancia era negociable y los consensos eran posibles. En su parecer, la guerra se debía a una especie de comportamiento ingenuo de los hombres, consecuencia de “la desatada borrasca de pasiones adolescentes”.

La paz

Las opiniones de Cerbeleón Pinzón y Manuel Uribe Ángel sobre la paz son importantes juicios que vale la pena rescatar de las tinieblas del tiempo, las cuales las hacen bastantes desconocidas. Son parte de una cultura pacifista que ha sido obnubilada por el énfasis puesto en la belicosidad del siglo XIX. Presentan diferencias en sus dimensiones expositivas. La de Uribe Ángel fue puntual y amplia la de Pinzón, tanto que podría considerársele como el mayor tratadista de su centuria.¹⁹¹ Ambas

¹⁹⁰ Expresión de María Teresa Uribe en *Palabras de la guerra*.

¹⁹¹ El contraste lo ocasionó la especialidad de sus profesiones, medicina y abogacía. La segunda vinculada a los asuntos de las controversias políticas, la gestión gubernamental y la normatividad legal y distante de los asuntos de la salud en la población. De esta

percepciones estuvieron demarcadas por el tiempo y el espacio de parte del siglo XIX al ubicarse propiamente en su segunda mitad, en especial, en la época federal. El concepto que defendieron fue el que se conoce hoy como una paz negativa, o de no guerra, una noción de un investigador de las modalidades de la paz llamado Johan Galtung. Pinzón la llamo *Paz Pública* y Uribe Ángel solo paz; una fue un orden laico fundamentado en la democracia que brindaba la república y respaldada en la ciudadanía consciente de sus principios políticos. El médico con idéntica concepción, pero tendiendo a respetar la presencia influyente de la Iglesia Católica.

En el legado de Cerbeleón Pinzón además de su *Catecismo*, existe un escrito en el cual por convicción propia más que por iniciativa gubernamental, desarrollo a cabalidad su pensamiento sobre la paz. La historiadora Patricia Cardona se refirió a él con estas palabras elogiosas: (...) este documento es el producto de varios años de reflexiones alrededor de la paz, fraguadas bajo el azote y la incertidumbre de las guerras civiles que acompañaron la construcción del Estado y la definición de la Nación.” Efectivamente, no fue un tratado de derecho sino una amplia exposición en defensa de la coexistencia dentro del ordenamiento de la república. El texto, por cierto, nació en 1864, cuando recién era fresco el recuerdo de la confrontación de 1860-61, y la recién convenida Constitución de Rionegro daba los primeros pasos para desplegar a cabalidad el federalismo y los principios del liberalismo sobre el orden institucional ideal para Colombia. Su título fue *Discurso Sobre la Paz Pública* y se dirigió a la sociedad política y al público en general, con el objeto de inducir a la reflexión sobre la importancia de la paz y el perjuicio de la guerra, la una como un beneficio de amplio alcance y la otra todo lo contrario, un conjunto de múltiples y nefastas consecuencias. El empeño en demostrar su punto de vista lo llevó a escribir 81 páginas de apretada letra, provista de argumentos.¹⁹²

forma, el médico incluyó en sus escritos eventuales exposiciones y el abogado se concentró en el orden republicano en el que el país debía perfeccionarse.

¹⁹² Pinzón tenía más incidencia que el doctor Uribe Ángel. Bogotá y Medellín respectivamente eran los auditorios de sus difusiones, condición por la cual lo escuchó el Gobierno de la república y a Uribe Ángel el del Estado de Antioquia; a ambos respectivamente los partidos en esas ciudades.

¿Cuáles fueron para este jurista los factores propiciadores de las guerras y al ocurrir ellas sus efectos? Extenso sería sintetizarlo y en ese contexto, sobresalen varios temas que aquí se incluyen a continuación: la ambición por el poder político, la estabilidad y la inestabilidad del orden institucional y social, la influencia ideológica de la prensa y la pérdida de la libertad individual por la guerra, la imposibilidad de la educación política al pueblo, esencialmente.

A partir de “exponer el estado político actual de nuestra sociedad,” se propuso plantear “lo que más conviene a su salud”, la de su patria y toda Hispanoamérica por ser pueblos “enfrascados en guerras internas y fases de calma engañosas”. No podía compartir la idea de ser un territorio signado por el destino de la guerra intermitente, pero incapaz de comprender la lógica de esta continuidad de la conflictividad, rechazó la idea de que su situación fuese inevitable. La alteración de tan perjudicial curso histórico trágico estaba en manos de los que llamo “Los hombres de Estado” por ser quienes tenían en sus manos “la cosa pública”; también era responsabilidad a quienes se desempeñaban “en el bufete o en la tribuna o en los campos de batalla (Pinzón, 1864, 6).”

No era suficiente establecer un “orden y sosiego” fugaz como era el habitual, se requería con urgencia una verdadera estabilidad la cual era alcanzable si había voluntad: “Resuélvanse un día a decir con firmeza i corazón, *tengamos paz*, i la tendrán de seguro. (...)”. Insistente en considerar que por medio de la voluntad se podría cambiar la belicosidad agregó: nuestras repúblicas, persuadiéndose, como debe persuadirse, de que la única causa de su malestar, de su pobreza, de sus acerbos dolores, no es sino la frecuencia de sus desastrosas guerras civiles, deben dedicarse a combatir las, deben aborrecerlas, detestarlas, no darles tregua ni respiro. ¡Que sufran estas la lei del Talión; que no haya cuartel para ellas i (Pinzón, 1864, 5)”.

Un defecto propiciador de la guerra fue la ambición habitual por conquistar el poder político a partir de una sobrevaloración de su capacidad de acción. El esfuerzo por alcanzar ese poder se presentaba con una estrecha regularidad por las vías legales e ilegales de las elecciones e incluso por medio de las armas. La agresividad siempre

presente contra los rivales se manifestaba a través de las palabras y las obras y el triunfo conllevaba ejercer un dominio que también derivaba en enfrentamientos. Era un error esa exagerada y permanente ambición porque al tenerse el poder en las manos, su detentación era fugaz y sin ser en realidad lo que aparentaba ser.¹⁹³ Además, La democracia no permitía un mando absoluto y la concreción de las decisiones estaban condicionadas por limitantes, el de las reglas del mismo orden institucional existente y el contraste entre lo deseado y la realidad.

Una de las ventajas por las cuales se buscaba tenerlo era la capacidad de adjudicar los empleos públicos. Esto también era disponer de una capacidad limitada debió a que existían tradiciones y normas reguladoras y no solo de por medio podía ejercerse el favoritismo, así sucediera que “(...) no pocas veces se confieren los destinos públicos a los que menos se han interesado en la lucha”. Existía el mal y el buen desempeño público, en primero encubierto por los apoyos políticos y el segundo respetuoso de la moral con la cual debía comportarse el funcionario. Ya años antes en un libro concerniente a la teoría de la gestión gubernamental, había expuesto su parecer y recomendación y ahora era indispensable mencionarlo de nuevo.¹⁹⁴ En síntesis agregó: “personalmente, que puede esperarse de nuestros Presidentes? ¿Qué favores pueden éstos dispensar? ¿Los puestos públicos? Fuera de que éstos forman un reducido número, no pueden alcanzar para todos, es triste pensar en tal cosa (Pinzón, 1864, 50).”¹⁹⁵

A tan importante factor desestabilizante Cerbeleón Pinzón adicionó otro y el cual fue el cuidado que debía tenerse en quienes disponían de la responsabilidad de gobernar respecto a procurar con su accionar la

¹⁹³ “¡Una guerra civil por semejante cosa! ¡El sacrificio del porvenir, el sacrificio de la suerte i los intereses actuales de todo un pueblo, por cosa de tan poco momento; ambicionada de un hombre que también muere mañana, o por un círculo que igualmente se descompone, se altera e igual se desvanece en un instante; (Pinzón 1864, 50)”.

¹⁹⁴ En 1847 Cerbeleón había publicado su libro *Principios de la Administración Pública* previsto como un manual regulador del comportamiento del funcionario y como texto de estudio universitario. Al redactarlo fue consciente de que en el novel ordenamiento republicano del país se requería una obra práctica además de la que antes Florentino González ya había escrito, titulada *Elementos de Ciencia Administrativa* y la cual tenía un tratamiento más riguroso desde el punto de vista académico.

¹⁹⁵

preservación de la estabilidad del orden público. No se trataba de perpetuar la inmovilidad, pero sí proceder con gran cuidado puesto que la tranquilidad social y política estaba de por medio. La constitución y las leyes eran el marco de referencia tanto del gobierno de la Unión como de los estados federales, allí estaban instituidas sus soberanías y los nexos. Cuidar de ello era más valioso que cualquier innovación deseada; si una de los estados quedaba resentido por una determinada decisión, oír y dialogar estaba por encima del cambio que se pensaba realizar. Estaba en juego “el pacto federal” que posibilitada a cada Estado trazar su destino libremente, siempre y cuando sus acciones no perjudicaran el acuerdo conjunto interestatal.¹⁹⁶

En verdad el jurista escribía en una época sensible debida a los roces entre estados y de ellos con el gobierno general; la ocasionó la vitalidad y la amplitud del devenir político. Conocedor de lo propenso que era el rompimiento de los equilibrios, anotó repitiendo en su *Discurso*, un fragmento que había redactado en 1847: “El orden público es otra de las cosas que como habíamos indicado, deben tenerse presente al intentar cualquier innovación o reforma. El orden público es el primer bien social; i en a su conservación se cifra la vida del Estado i por lo mismo jamás debe comprometerse por mira alguna, sea de la naturaleza e intensión que fuere (Pinzón,1864,38)”.

El comportamiento del gobernante, fuera en los estados o en el mando de la unión federal era un componente esencial del orden y el desorden político. Ya mucho antes había advertido su importancia Cerbeleón en su libro del año 1840 titulado *Filosofía Moral*. No debía convertir su gestión en un “negocio de partido” así administrara con los suyos, puesto que su responsabilidad era con todos y, en consecuencia, la vida de los partidos debía transcurrir “bajo las alas protectoras del gobierno”, de no ser así ocurriría “el justo descontento, i al fin las sublevaciones i la guerra.” En esencia, defendía la ética de la democracia en la política cuando al

¹⁹⁶ El jurista formuló este lema: un “reconocimiento leal y práctico del derecho perfecto i eficaz de cada Estado para regirse como quiera; la indulgencia reciproca (...), exijiendo unicamente (...), el respeto inviolable a las bases y condiciones de la Unión (Pinzón, 1864, 40)”.

funcionario le incumbía ejercer el poder con efecto sobre los gobernados. Con su percepción, defendía la equidad y no el comportamiento personalista, el abuso en el empleo de los recursos públicos y la corrupción.

Más hubo otros actores del debate político: “Es indecible ciertamente el daño que el abuso de la prensa política ha inferido a la causa del orden i del sosiego público en la América Española.” Con este señalamiento, Pinzón aludió a un importante factor desestabilizante, la marcada influencia de la prensa partidaria radicalizada en sus planteamientos. Manifestaciones del ardor pasional y agresivo de sus mensajes fácilmente se encuentran en la proveniente de los dos bandos; simplemente a modo de ejemplo está el siguiente editorial que escribió el periódico *El Deber* emitido el 23 de marzo de 1876 y redactado por Luciano Carvallo con el título de *La Paz*: “¿La paz es un bien para la patria; quien lo niega? ¿La paz es el escudo de la libertad, quién lo dura? (...) Esto es verdadero y a ello suscribimos. Pero nos apresuramos a decir que hay otra cosa más bella, más fecunda y más gloriosa que la paz, y es la defensa de la justicia, la defensa del derecho, la defensa de la dignidad (...) cuando estos actos se posponen (...) la paz viene a ser el sofisma de los egoístas, y la argumentación de los abyectos (...)”. Las dos concepciones de paz a las que se refería eran las de los dos partidos y advertía al pueblo para que no se dejase engañar por el discurso del contrario: “(...) No escuchéis a los egoístas, a los imbéciles ni a los menguados. Estos hablaran de paz (...) esta es la paz del esclavo (...) la alianza diabólica entre Murillo y Mosquera cuyo ardiente amor al rico botín de Antioquia (...) esa alianza de los dos bandos del partido anticatólico (...)”. Quien sí hablaba con la verdad en asuntos de paz, era el conservatismo que personalizaba “el Partido Católico de la nación”, en contraste con su rival de quien cabía esperar que, sí adquiría el poder político, su “garra sangrienta” estaría dispuesta a “tragarse vuestra riqueza acumulada con un trabajo honrado y laborioso (...)” (García Barrientos cita a Carvallo, 2014, p. 449).

En el contenido de este tipo de textos es visible la apropiación de la palabra paz como un argumento de combate contra el contrario. Un sentido era un sofisma y otra era auténtica. Adviértase también que ambas “paces” eran diferentes a las de Uribe Ángel y Pinzón, quienes defienden

el diálogo entre opuestos para alcanzar acuerdos y no una separación de posiciones donde una se imponga a otra. Bien acotó Pinzón al respecto: “Protestamos mil veces (...) no salir de las alas protectoras de la paz, pero, todos sentamos plaza bajo las banderas de la paz; pero, eso sí, reservándonos el derecho de matarnos, los unos a los otros, en la primera elección de gobernantes, o en el primer conflicto de gobierno o de administración, por conciliable que sea tranquila y pacíficamente (Pinzón, 1864 aprox., 1).”

El antagonismo entre la guerra y la paz

Tanto para Pinzón como para Uribe Ángel la guerra producía un radical cambio hacia unas condiciones arbitrarias en las cuales la población quedaba a merced de fuerzas poderosas que imponían su ley a un pueblo inerme. Para el jurista ella rompía con la libertad instituida y la consecuencia y quedaba en poder de quienes tenían las armas: “Cuando desaparece la paz pública (...) ¿Qué viene a ser de la República, a donde se va, ¿qué se hacen las garantías?” Con estos interrogantes apuntó a señalar que el ciudadano perdía la posibilidad de hacer y pensar con la amplitud que lo podía hacer. Se encontraba en consecuencia en “Un país dominado por dos beligerantes” donde “cada uno (...) se apodera de los individuos con escandalosa violencia, los amarra, los ayunta i en mitad del día los mete en los cuarteles con el nombre de *reclutas*, o como a gamos los persigue por las calles para reclutarlos”. Y ¿qué acontece con los bienes de las personas? Cada bando militar “toma arbitrariamente los caudales del particular, las mercancías del comercio, los ganados, las caballerías, las cosechas del agricultor; todo cuanto encuentra a su paso”. Y ¿la movilidad del individuo? “no hai seguridad para viajar, ni aun para salir de la casa”. En conclusión, “un país convertido en teatro de violencias, injusticias, depredaciones, saqueo i tala; un país semejante ¿podrá llamarse república? (Pinzón, 1864, 7)”.

La nefasta guerra conllevaba otra consecuencia: no era posible impartir la educación política que construía la ciudadanía. Sin ella el pueblo ignoraba los valores que eran la base del sistema republicano. Otra circunstancia agravaba el problema: su formación estaba lejos de haberse desarrollado a plenitud y el avance logrado se perdía. Imperaba en los

comportamientos de los adultos y jóvenes actitudes instintivas contrarias a respetar el derecho al trabajo, a la vida, a la propiedad. En síntesis, Pinzón opuso la inculcación de la civilización política a su analfabetismo asumido como un estado de barbarie instintiva. La instrucción entonces era fundamental para la consecución de la paz.

La imagen representativa y metáfora de la circunstancia de transitar la sociedad de la paz a la guerra fue el opuesto de la existencia de un desierto donde antes existía un precioso oasis que al secarse ya no volvería a nacer. Pero, ¿no existió en una sobrevaloración del alcance destructivo en sus apreciaciones? Al ser visiones personales integraron lo sucedido a sensibilidades ideológicas que enfatizaron una dimensión tan destructiva, ya en vidas humanas, ya en destrucción material, ya en tiempos de duración y cobertura espacial.

Pocos historiadores parecen haberse detenido en indagar los estragos que causaron las guerras del siglo XIX y uno de ellos ha sido Malcolm Deas.¹⁹⁷ Entre los puntos que puso de presente estuvo detenerse en qué país se dieron: una naciente república de muy extenso territorio desagregado en regiones también con poca capacidad para crecer su economía, de condición rural atrasada que padeció guerras de períodos cortos, con ejércitos pequeños y hombres y armas improvisadas con una capacidad destructiva precaria. Un desarrollo económico condicionado por el mismo atraso preexistente, la permanencia adaptativa y limitada a la guerra de sectores como la minería y el comercio.¹⁹⁸ Es evidente que su percepción

¹⁹⁷ En uno de sus artículos recientes se manifestó sorprendido por el contraste entre la común opinión de haber sido el siglo XIX una centuria de guerras civiles y “la relativa escasez de estudios serios sobre muchos de sus aspectos”. Por su parte al distanciarse de una mirada dedicada a reiterar los efectos nocivos, entre otros rasgos anotó: “es muy fácil generalizar despectivamente desde afuera” y eso ha sucedido con frecuencia entre quienes se refieren al pasado bélico de los países latinoamericanos del siglo XIX, sin evaluar puntualmente los efectos destructivos.

¹⁹⁸ Además, “Conflictos en que las tropas “no entraban a una ciudad asaco y a fuego”, guerras originadas con frecuencia por quererse alcanzar el poder político, fácil de iniciarse por medio de alzamientos con una cantidad de rebeldes relativamente poca, siempre partir de la iniciativa de sectores de elite y nunca de la base social, solo una parte pequeña de ella toma las armas y durante la guerra la gran mayoría esta inactiva, no hay masacres ni ejecuciones frecuentes de jefes rivales, negociaciones entre los

contrasta con las de los doctores Uribe Ángel y Pinzón; también contrasta la intención y la temporalidad por la cual se refirieron al hecho bélico. Las dos personalidades del siglo XIX fueron tan sensibles porque, a diferencia de Malcolm Deas, vivieron el tiempo de las guerras a la manera en que alguien, sin ser parte de los participantes de un hecho, coexistió con él. Por su parte, el historiador inglés miró ese pasado desde hoy día, con la curiosidad y el interés que un determinado tema atrae la atención de quienes se ocupan de investigarlo. Por supuesto en él no existe el énfasis pacifista y sí todo un arsenal técnico y una experiencia de estudio.

Con todo y esta diferencia de miradas cabría preguntarse, si las guerras de 1851, 1854, 1860, 1862-63 y 1876-77, las confrontaciones bélicas de mayor alcance en su repercusión sobre la estabilidad y crecimiento progresivo de Antioquia, fueron rupturas profundas por la detención de su curso ascendente. En la misma medida, ¿cómo fue en esos lapsos de tiempo la presencia simultánea de la guerra con la sociedad, la economía, la cultura, la institucionalidad, en su doble faz de deterioro y transformación? En verdad son temas amplísimos en los que sólo cabe su señalamiento, como lo es en igual medida preguntarse por indagar el alcance destructivo expuesto por Uribe Ángel y Pinzón. A grandes rasgos, o sea sin abordarse sus interioridades, aparentan ser tenues los deterioros. A la guerra del 51 continuo el fraccionamiento de la provincia en tres subregiones políticas de breve vida como un hecho sin conexión y luego una reunificación en la cual se inició la fase importante por su éxito regional federalista. Tras la guerra de los años 1860 y la de 1862-63, les siguió el también exitoso gobierno extenso de Pedro Justo Berrio.¹⁹⁹ Por último, la derrota

contrincantes, autoexilios de líderes vencidos, presencia de castigos económicos a ellos no prolongados, decomisos de bienes a enemigos durante el conflicto sin arrasar patrimonios y lugares, etc.” (Deas, 2017, 179-220).

¹⁹⁹ Sirve de ejemplo sobre el clima político percibido desde el régimen de Pedro Justo Berrio este fragmento del informe de su Secretario de Gobierno fechado en el año 1865: “Cuatro años de guerra dejaron aniquilada la República. El cansancio de esa lucha ha hecho nacer en la mayoría de la Nación, i mui especialmente en el Estado de Antioquia, el deseo de la prolongación de la paz. Los mismos hombres que al principio de vuestra administración se empeñaban en sembrar la desconfianza contra el Gobierno de Estado, i en amontonar combustibles para un nuevo incendio, han arriado bandera, i convencidos de su impotencia unos, o mejor aleccionados por la experiencia otros, predicán la paz, aceptan el actual orden de cosas, i le hacen justicia al personal de la administración. La idea de guerra pierde terreno cada día, a lo menos en Antioquia, i los hombres honrados

antioqueña en la guerra de 1876-77, si bien produjo el inicio de un periodo estatal con dominio difícil, la incertidumbre no detuvo el curso del crecimiento económico.²⁰⁰

Entre el año 1839 cuando inició la guerra de Los Supremos y 1899 cuando inició la de Los Mil Días habían pasado 60 años, 9 confrontaciones bélicas con extensión diversa en su efecto extrovertido, al haber implicado más de una provincia, Estado federal o departamento, los nombres variables que se les dieron a las regiones políticas. Si se hace un cálculo aproximado de este tiempo conflictivo para compararlo con otro tiempo llamado de paz, se tiene este contraste. En el primero, 3 años en la de Supremos, escaso uno en la del 51 y otro en la del 54, dos en las de 1860-62, uno en la de las Escuelas, otro en la del 85, y tres en la de Los Mil Días; esto suma 11 años en seis décadas. O sea, un gran contraste en duración entre los años de guerra y de paz.²⁰¹

No obstante, en la misma medida que hay que asumir las guerras como un mosaico de violencias, con los ciclos de paz sucede igual respecto a la convivencia tranquila. Si el referente es Cerbeleón Pinzón, las fases de paz habría que llamarlas paces en agitación: “Solemos tener algunas calmas que llamamos Paz; más aún en esas calmas, la mayor parte engañosas, mucho será si cual aterradora nube, no se alcanza a divisar alguna guerra en lontananza, o si al menos no reine entre los ciudadanos división,

de todos los partidos trabajan de consuno a fin de que no se perturbe el orden público de que tanto necesitamos todos, para que cicatricen las heridas pasadas, i para levantar el Estado de la postración i miseria en que la han dejado las anteriores revueltas (Castro, 1865, 5).”

²⁰⁰ Ha sido el historiador inglés Roger Brew quien ha recorrido con más profundidad la historia económica antioqueña del siglo XIX. Esta opinión la respalda el legado de su obra de indispensable consulta dentro de su campo de estudio. Al final de ella el paisaje que mostró es el de un proceso paulatino que transitó articulado por el comercio, la minería, la colonización, la ganadería, la banca comercial, la caficultura y llegó a la industrialización. Es decir, las guerras fueron leves fuerzas opuestas que transitorias se superaron (Brew, 1977).

²⁰¹ Existe un artículo en que sus autores observaron el comportamiento de las guerras colombianas en el lapso entre la de los Supremos a partir del año 1839 y La Violencia, pero extensiva al año 1957. Fueron 184 años en total de los cuales “casi 48 años” o sea el 26% del tiempo total, fueron de guerra (Giraldo, Fortou y Gómez, 2019, 361).

encono i odios políticos. (Pinzón, 1864, 2)”. Es decir, insinúa que eran transiciones que, por su creciente agitación política, llevaban a una siguiente guerra. Para que así ocurriera, no existía tolerancia política sino agresividad progresiva o sometida a un vaivén en que ocurrieran situaciones que la hicieran aumentar. En juego estuvieron las ideas fundamentales sobre las cuales se sostenía la unidad de un partido político y variados aspectos que necesariamente se involucraban al ser la vida social: intereses personales y de grupo, ideas, asuntos religiosos, agresiones físicas, hechos ocurridos, ocupación de niveles de importancia social, aspiraciones a cargos públicos, acciones gubernamentales.

Para el doctor Uribe Ángel este tipo de tensiones sociales no eran significativas como factores de contención a la marcha progresiva de las sociedades con un sentido ilimitado; se convivía dentro de una paz global que permitía el progreso. Antioquia tenía su propio camino y sólo el peligro de la guerra lo obstaculizaba. Llamo a este acontecimiento *revolución*, por considerar sus amplias implicaciones destructivas y utilizó una serie de expresiones que enfatizaron los efectos. Las revoluciones eran “olas ardientes” devastadoras que, en consecuencia, afectaban “el edificio de la República”. Siempre tan hábil en la escogencia de los términos análogos, la guerra fue asimilable a la fuerza poseída por una ola ardiente que por su violencia arrasa la playa y una edificación llamada república que quedaba sensiblemente deteriorada. Una metáfora que era ciertamente similar a la que empleó Pinzón del desierto y el oasis. Para ambos fue la manera más gráfica de decir y hacer visible las ideas que quisieron expresar para sensibilizar a la sociedad donde estaban insertos.²⁰²

²⁰² Otra metáfora para señalar los efectos del hecho bélico escribió una analogía destructiva entre una planta recién sembrada azotada por la tormenta y la república por ellos y ambos debilitados terminaban muriendo: “Plantad un precioso arbusto en el campo más fértil, una palmera sobre las orillas de un torrente: sí todos los días azotáis la tierna palmera, si todos los días cae sobre ella el pedrisco de las tormentas, si frecuentemente la agitáis hasta quebrantar sus raíces, al fin se secará sin haber echado su primer racimo.” Este era su final: “Tendida sobre el suelo sin verduras ni jugos ya, el primero que pase la recojerá para leña, i ojalá no plante en su lugar un espino o un manzanillo; ¡Hasta donde pueden llegar nuestras frecuentes guerras intestinas! (8).”

Ahora bien, había siempre un retorno de la guerra a la paz y ese camino complejo, era difícil debido al contraste de implicaciones dolorosas y alegres, retomar “ilusiones políticas” para proyectos constructivos, destrucciones materiales, fragilidades económicas, en suma, deterioros. La voluntad de hacer la paz era el remedio a ese pasado reciente violento; así fue de simple la solución del problema: “Resuélvanse un día a decir con firmeza i corazón, *tengamos paz*, i la tendrán de seguro”. Los actores causantes estaban en capacidad de reflexionar y vislumbrar en ese estado de debilidad hacia donde conducían a Colombia, Escribió Pinzón: “Como el enfermo busca las causas de las dolencias que minan su salud, le mantienes estenuado i triste, i pueden al fin llevarlo al sepulcro, i después de hallar esas causas las combate con cuanto poder le es dado; así nuestra repúblicas, persuadiéndose, como debe persuadirse, de que la única causa de su malestar, de su pobreza, de sus acerbos dolores, no es sino la frecuencia de sus desastrosas guerras civiles (...) (Pinzón, 1864, 5).”

En ese retorno a la paz, siempre al final de cada guerra se terminaba con un acuerdo que podía implicar, en la mayoría de ocasiones, condiciones difíciles para el bando vencido y unas concesiones significativas al bando ganador. Estos acuerdos eran acompañados de discursos que hablaban de perdón, de paz, de retornar a la estabilidad de la república, conceptos que se convertían en ocasiones en eufemismos y de poco valor de acción en la dinámica política propia del siglo XIX. En efecto, la política era la que condicionaba los discursos sobre la guerra y la paz, determinaba sus alcances y su permanencia en el tiempo. Para la escritora María Teresa Uribe de Hincapié:

“esta combinación de pactos y perdones, de violencias y acuerdos, permite advertir que las guerras del siglo XIX, a pesar de sus horrores, no eran confrontaciones de exterminio, no eran guerras-batalla (...) no pretendían derrotas o victorias definitivas. En otras palabras, se trataba de usar la fuerza armada para buscar acuerdos, para negociar ventajas políticas, para lograr reivindicaciones específicas de grupo o región, o para vengar agravios u ofensas. En el imaginario de los rebeldes del Gobierno siempre estaba la posibilidad de un armisticio o un acuerdo honroso, en caso tal de que la suerte les fuera adversa en la guerra. Las guerras no parecían ser

recursos excepcionales ante el fracaso de la política, sino una estrategia, entre otras, del ejercicio del poder” (2019, p. 59)

Tal vez, un poco el cuestionamiento de Pinzón y Uribe Ángel sea precisamente ese, para ellos la palabra paz debía trascender los discursos y los acuerdos finales y convertirse en un valor esencial de la nación. Pero su aporte más significativo es pensar que es la población, educada e instruida, la que debe asimilar el concepto y no las elites ni los partidos tradicionales. Es allí donde se genera la resistencia y donde puede aparecer una verdadera iniciativa de paz, más duradera y real. Sólo así la paz podía salir de aquella prisión discursiva de la política y convertirse en una fuerza real de transformación social y cultural: un olivo que crece sobre las ruinas y trae la esperanza.

Conclusiones

Tanto Manuel Uribe Ángel como Cerbeleón Pinzón concibieron que, acabándose la guerra, el resultante de la pasión emocional sobre la racionalidad de la tolerancia era la paz en Colombia, el signo ideal de su futuro promisorio. Contra la violencia bélica actuaba la justicia y, al unísono, la educación la atenuaría con la inculcación de valores republicanos y humanistas. El obstáculo era el predominio del exaltado sentimiento político presente entre quienes gobernaban y sus rivales. La vida de los colombianos trascurriría en zozobra, mientras existieran contendores encerrados a sus pareceres. También ambos más que un interés por exponer las razones por las cuales se ocasionaron las guerras, cuestionaron su ocurrencia. No eran analistas de las múltiples circunstancias del proceso político y al ser complejas y delicadas, llevaban a la polémica de diversos puntos de vista.

Valoraron la paz a partir de una idealización contrapuesta a la guerra. Opusieron una sociedad en armonía dispuesta a protagonizar un proceso histórico floreciente a otra en que todas las posibilidades de esa prosperidad eran imposibles. Sus mensajes carecieron de la suficiente fuerza para cambiar el curso histórico conflictivo y no por ello desistieron en sus visiones ideológicas y comportamientos. Las divisiones internas

partidarias, las periódicas situaciones electivas, la insistente problemática política religiosa, las relaciones entre los estados y de ellos con el gobierno central, fueron una trama política demasiado compleja para ser apaciguada por medio de llamadas a la paz.

El ámbito en que se desarrollaron fue un tiempo político bastante agitado y la posición ideológica que asumieron los situó en el intermedio de bandos enfrentados, por encima de sus planteamientos y diferencias. La suya fue una paz fundamentada en la lógica de sus beneficios y la voluntad de darle prioridad sobre las diferencias. No se justificaba acudir a las armas para confrontar, porque al tomarlas los efectos múltiples contraproducentes, afectaban a todos, en todas partes y con consecuencias costosas desde el punto de vista del alcance del deterioro causado.

Los perjuicios de la guerra que señalaron estos autores, si se piensa que en la historia hay procesos de larga duración, de algún modo permanecen en el tiempo, adaptados a nuestra contemporaneidad. Por ejemplo, la destrucción de los valores democráticos, el odio en la guerra, el dolor, la destrucción material, la inestabilidad institucional, etc. Al mismo tiempo su reiterada insistencia, relacionada en que una convivencia pacífica crea las condiciones humanas adecuadas para posibilitar la construcción de un bienestar social, económico y cultural colectivo, no deja de tener vigencia.

La actitud antibélica aquí presente fue, a su modo, una de las expresiones que los hombres han concebido como fórmula alterna y de mediación ante la confrontación armada. Podría pensarse que, aunque son modestos en relación con las figuras del pacifismo mundial, tanto Cerbeleón Pinzón como Manuel Uribe Ángel pertenecen a ese comportamiento del ser humano que reivindica la vida ante la muerte. Aunque no hacemos comparaciones, así sean las condiciones contemporáneas nuestras provistas de bastantes aspectos contrastantes, nos atrevemos a decir que bien vale la pena releer y considerar sus reflexiones.

Hoy no deja de estar lejos de nuestro presente, permanece la misma precariedad que existía en el siglo XIX respecto a la construcción del ordenamiento institucional de la democracia fundamentada en la república liberal y que nuestros pensadores consideraron que la guerra era el principal obstáculo para su desarrollo. Siguen siendo indispensables los valores que predicaban: el respeto por el otro, la tolerancia, el diálogo ante las diferencias, el ejercicio del poder político de manera democrática, el valor de la vida humana, la importancia de la educación política, entre otros. Ideas que son aplicables tanto para los gobernantes como para la población civil, es decir, todo el conjunto de la sociedad.

Referencias Bibliográficas

- Astete. G. (1834). Catecismo de la Doctrina Cristiana. Bogotá, reimpresso por José Ayarza.
- Brew, R. (1977). El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920. Bogotá, Banco de la República.
- Castro N. (1865). Informe que el Secretario de Gobierno presenta al ciudadano Gobernador del Estado. Medellín, Imprenta de Isidoro Isaza.
- Deas M. (2018). Sobre la paz en el siglo XIX, con un examen particular de cómo terminaron las guerras de 1885 y 1895. En: *Paz en la república Colombia, siglo XIX*, Bogotá, universidad Externado de Colombia, 238-269.
- García Barrientos. F. (2014). Historia de la propaganda y su cultura. Antioquia (1810-1900). La “raza antioqueña” y las trampas a la memoria. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Giraldo Ramírez, J. Fortou, J. A. y Gómez Caicedo, M. P. (2019). 200 años de guerra y paz en Colombia: números y rasgos estilizados. *Co-Herencia. Revista de Humanidades*, 16, 3, 357-371, Medellín EAFIT.

Ospina Rodríguez, Mariano. “Efectos del lujo”. En: Manuscritos. Medellín: Universidad Eafit

Otero Cleves, A. M. (2009). “Jéneros de gusto y sobre todo ingleses”: el impacto cultural del consumo de bienes ingleses en la clase alta bogotana del siglo XIX. *Historia Crítica*, 38, 20-45.

Peralta, V. (2016). Bogotá el tiempo del JUEGO y los PLACERES siglo XIX. Colombia, ediciones Aurora.

Pinzón C. (1865). Catecismo Republicano para instrucción popular redactado a escitación del ciudadano presidente de los Estados Unidos de Colombia Manuel Murillo. Segunda Edición, Bogotá, El Mosaico.

Pinzón, C. (2017) “Sobre la paz pública”. En: *Co-herencia, Revista de Humanidades*. Vol. 14, N. 26. Medellín: Eafit.

Uribe Ángel, M., (2020). *De Lima al Bajo Chocó (1849). Recuerdos de un viaje*. Medellín: Ces.

Uribe Ángel, M. (2007). *Recuerdos de un viaje de Medellín a Bogotá*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Uribe Ángel, M. (2017). “Viaje al Nordeste”. En: Lenis Ballesteros, C. y Jaramillo Velázquez, R.L., *Manuel Uribe Ángel, viajero y observador. 1867-1892*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Uribe Ángel, M. (2004), “Carta a Alberto Urdaneta”. En: Alvarez Echeverri, T., “Uribe Ángel médico visionario”. *Latreía*, vol. 17, n. 2. Medellín: Universidad de Antioquia.

Uribe Ángel, M. (s.f), *Discursos y páginas históricas*. Medellín: Academia Antioqueña de Historia.

Uribe Ángel, M. (2022). “El libertado, su ayo y su capellán”. En: Agenda Cultural Alma Mater. Medellín: Universidad de Antioquia.

Uribe de Hincapié, M. T. (2019). “Las Palabras de la guerra”. En: *La hija de Andrómaca*. Medellín: Comfama.

Suarez Quiroz, J.A. (2022). Manuel Uribe Ángel. 1822-1904. Medellín: Pulso y letra

Tovar González, L. (2006). Catecismos políticos del siglo XIX. En: *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Vergara y Vergara, J.M. (1976). Las tres tazas. *Narradores colombianos del siglo XIX*. Bogotá, Colcultura.

Villa, R. (1880). *Refutación del mensaje del señor Aquileo Parra, expresidente de la República, al Congreso de 1878*. Guatemala: Imprenta de Taracena.
